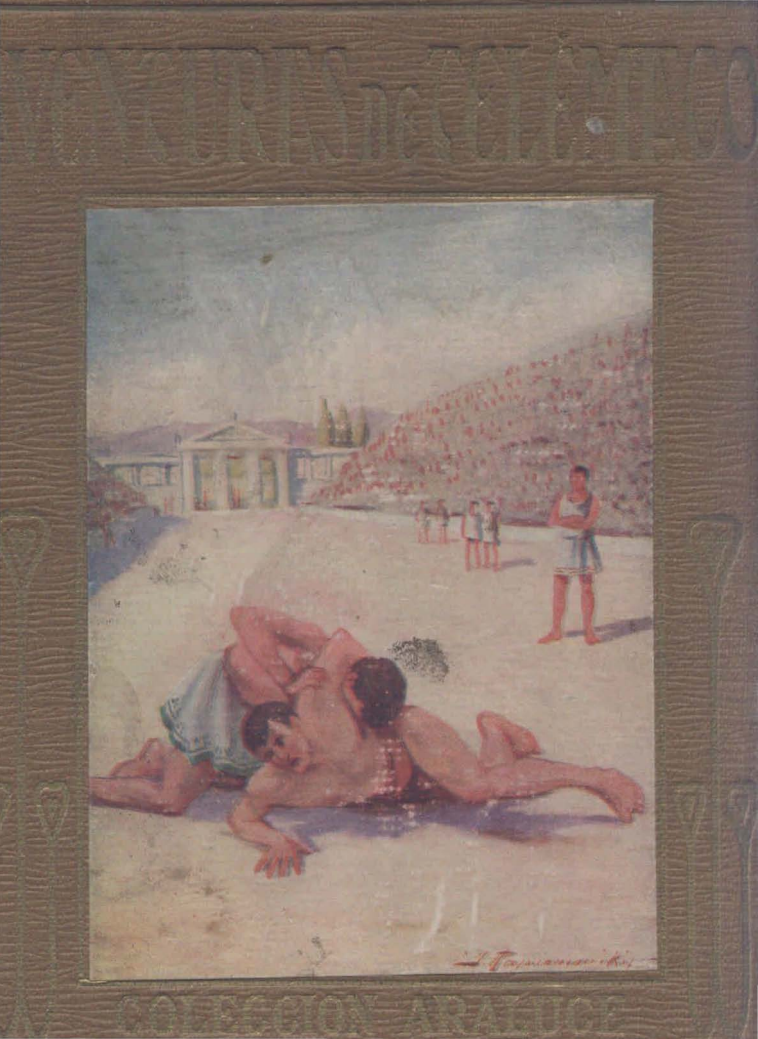

COLECCION ARAUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes Premiadas en la Exposición de Leipzig

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCIA
Bs. Aires
Florida 371 - Suc. Cordoba 2099

Obispado de Barcelona

NIHIL OBSTAT.

El censor,

José Soler Garde, Sch. P.

Barcelona, 2 de Junio de 1928

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.,

Dr. Francisco M.ª Ortega
de la Lorena
Canciller-Secretario

2 $1,25.

M. DE FENELÓN

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

ADAPTADAS A LAS
INTELIGENCIAS INFANTILES
POR
JOSÉ BAEZA
CON ILUSTRACIONES DE
J. RAPSOMANIKIS

29175

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

114 142

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392: BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

		Páginas
PROLOGUILLO		VII
I	LA ISLA DE CALIPSO	11
II	LO QUE CONTÓ TELÉMACO	23
III	CONTINÚA EL RELATO DE TELÉMACO	33
IV	EL AMOR DE LA DIOSA Y EL ARDID DE MENTOR	43
V	EL HERMANO DE NARBAL	51
VI	LA CIUDAD NUEVA	65
VII	EL GALLARDO PALADÍN	79
VIII	NUEVA HAZAÑA DEL HÉROE	91
IX	NACE EL AMOR	107
X	LA ÚLTIMA AVENTURA	115

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Telémaco lucha con el atleta invencible. . . *Frontis*

	Páginas
—¿Cómo te has atrevido a llegar?	14
...haciendo un último esfuerzo	38
Cuando las ninfas llegaron	49
—Dáos preso en nombre del rey.	75
—¡Detente, infame!	81
—Dáme tu sortija, dijo	97
—¡Es Telémaco!	104
—Al sentirse herido, cegó	110

PROLOGUILLO

Fenelón, el autor de la famosa obra cuya adaptación ofrecemos hoy a nuestros jóvenes lectores, nació en Francia en el año mil seiscientos cincuenta y uno y fué uno de los mejores escritores del siglo diez y siete.

Pertenecía a una muy noble familia francesa, y, merced a la magnífica posición de que gozaban sus padres, pudo tener un sabio preceptor que consolidó las dotes excepcionales de su talento.

Desde los primeros años de su vida mostróse el joven Fenelón inclinado por la carrera religiosa, y a los quince, hizo su primer ensayo de predicación en público obteniendo un éxito brillante.

Fué ilustre prelado, filósofo sutil y escritor maestro. En sus obras suelen mezclarse estas dos modalidades últimas—la del literato y la del pensador—siendo la fusión tan perfecta, tan natural dentro de su elevación, que no sa-

bemos a quien admirar más, si al narrador, o al filósofo.

La galanura y la gracia de su estilo seducen tanto como estimula la pureza y la altura de su pensamiento.

Esta delicadeza, esta suavidad, esta exquisitez de su pluma, unidas a la agilidad de su ingenio para inventar las más sorprendentes e interesantes aventuras, es la causa de que nuestro autor figure entre los predilectos de la infancia. En cuanto a pureza, su estilo es secillamente insuperable. De aquí que sus obras figuren entre el escaso número de las que los maestros recomiendan a los alumnos para traducir y para aprender.

Las aventuras de Telémaco, *merecen excepcionalmente el honor de ser leídas en las escuelas, suprimiendo, bien es verdad, ciertos pasajes y párrafos, que no por ser en cuanto a moral de una alta y ejemplar pureza, dejan de resultar escabrosos para los niños de hoy.*

Telémaco, protagonista de la obra, es hijo del famoso Ulises y las peripecias por que pasa el joven buscando a su desaparecido pa-

dre, constituyen la interesante fábula de este libro.

El estilo, naturalmente, se ha esfumado por completo al hacer la presente adaptación. Del asunto, en cambio, queda lo más sobresaliente, lo que debe distraer al mismo tiempo que enseñar a nuestros queridos lectores. Cuando menos, nuestra intención ha sido escribir, sobre la pauta original, una obrita que resulte entretenida y provechosa al mismo tiempo.

J. B.

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

I

LA ISLA DE CALIPSO

AQUELLA encantada isla estaba sola en medio del mar. Era la isla de la diosa Calipso, bella entre las bellas, que vivía entre ninfas y flores, entre cantos de aves y canciones de arroyo.

Mas Calipso, ahora, estaba sumida en profunda tristeza. Ulises, a quien el azar había llevado a su isla, vivió días y más días a su lado.

Pero, al fin, cuando más grata le era la compañía del famoso caudillo, éste se hizo a la mar en su nave.

Calipso vió cómo el navío se alejaba surcando el mar y una honda angustia anudó su garganta.

¿Por qué?

Calipso habíase enamorado de Ulises, le amaba con pasión profunda desde que le viera llegar a su isla solitaria.

Por eso Calipso, al ver cómo el navío de Ulises se alejaba trazando sobre las aguas azules una estela de espuma, se llevó las manos al rostro y lloró sin consuelo.

Una de las infinitas veces que se encaminó a la playa para contemplar el esfumado camino que había seguido la nave de Ulises, vió que las olas habían arrojado a la arena los despojos de una nave.

Al punto dedujo que los náufragos no debían de andar lejos y dirigió una mirada a su alrededor, descubriendo, en efecto, a un apuesto joven seguido de la venerable figura de un anciano.

¿Quién era aquel viejo? Lo ignoraba. ¿Quién aquel joven? La arrogancia, la majestad del mancebo no sólo se captaron al punto su simpatía sino que se adueñaron absolutamente de su atención.

¿Quién era aquel mancebo?

Calipso, con su potente sabiduría de diosa

y mediante un gran esfuerzo mental no tardó en adivinar que aquel gentil extranjero era Telémaco, el hijo de Ulises. Realmente, ¡ era tan grande el parecido del náufrago con el famoso arrasador de Troya !

Sin embargo, no pudo conocer la identidad del anciano que le acompañaba.

Indudablemente, aquella austera figura encerraba algún misterio y algún sobrehumano poder, pues su inteligencia de diosa se sumía en un mar de confusiones y penumbras cuando trataba de penetrar tal anónimo.

Calipso experimentó una extraña y deliciosa sensación ante la presencia de Telémaco, aquel apuesto joven que tanto se asemejaba a su padre.

¿Podía evitar que su corazón siguiera amando a Ulises en la figura de su hijo?

No. Sin duda, no podría evitarlo. Ya sentía en su pecho el arañazo del amor, ya era víctima del mismo poderoso atractivo que experimentara ante Ulises.

Sin embargo, quiso aparentar que ignoraba quiénes eran los náufragos y adoptó una actitud arrogante para recibirlos.

Telémaco y su acompañante, al verla, habían encaminado hacia ella sus pasos. Sus ropas destrozadas y mojadas les daban una apariencia lastimosa. La lucha sostenida con el tremendo temporal que al fin había hecho pedazos la nave, había impreso en su rostro huellas que sería difícil borrar.

Inclinóse Telémaco ante la diosa, mas cuando iba a hablar, ella le interrumpió con fingido despotismo:

—¿Cómo te has atrevido a llegar a mi isla? Sabe, extranjero, que nadie puede penetrar en ella sin exponerse a ser duramente castigado.

Telémaco, tomando por sinceras las amenazas de Calipso, se apresuró a disculparse.

—Iba en busca de mi padre, el cual ha tiempo se fué de nuestro lado sin que podamos saber dónde se halla, cuando un temporal arrojó mi nave contra las rocas de tu isla, dejándola en el estado que la ves.

Calipso, siguiendo su comedia, fingió dejarse ablandar por estas razones y preguntó con voz menos dura:

—¿Quién es ese padre que buscas?

—Se llama Ulises—repuso Telémaco—y es

—¿Cómo te has atrevido a llegar...

uno de los reyes que han arrasado la ciudad de Troya. Su nombre es famoso en Grecia toda y en todo Asia tanto por su valor para la guerra como por su talento. Mas desapareció un día y sólo sé de él que va errante por los mares inmensos, desafiando todos los peligros. También yo me expongo a ellos por tener noticias del paradero o de la existencia de quien me dió el ser. ¿Acaso vos, casualmente, visteis pasar cerca de esta isla su navío?

Calipso sentíase cada vez más cautivada por aquel noble y hermoso galán, que, exponiendo su preciosa vida, se lanzaba en busca de su desaparecido padre.

—Yo sé lo que ha ocurrido a Ulises. Yo os referiré interesantísimos detalles acerca de él. Pero, antes, venid a descansar y a mudaros las ropas. Soy la diosa Calipso, dueña y señora de esta isla y puedo proporcionaros todo cuanto necesitéis. Seguidme a mi morada y después hablaremos.

Telémaco y el anciano la siguieron.

El joven no había dejado de advertir la portentosa belleza de Calipso. Los ojos de la diosa resplandecían turbadoramente, su rica tú-

nica daba a su cuerpo una cautivadora majestad, su voz era melodiosa como un cántico.

Si todo esto sedujo a Telémaco, aun quedó el joven más embargado por las bellezas del paisaje que le rodeaba.

Habían llegado a la morada de la diosa, morada que no era más que una gruta abierta en la ladera de una colina. Desde ella, podía admirarse un bellísimo cuadro en que el verde de la vegetación contrastaba con los varios matices de las flores. La tierra estaba surcada por riachuelos y, mientras tendiendo la vista hacia un lado se advertía la extensión azul y rizada del mar, tendiéndola hacia el otro, se veía una línea de montañas cuyas cumbres desaparecían bajo un cendal de nubes.

Calipso, que no dejó de advertir la impresión favorable que había causado en su huésped todo cuanto veía, suspiró con la esperanza de que pudiera casarse con ella permaneciendo siempre a su lado, y le invitó a entrar en una gruta vecina a la suya.

—Ahí—le dijo—hallaréis ropas secas para substituirlas por las que ahora envuelven vuestros cuerpos.

Entraron Telémaco y su acompañante y aquél quedó sorprendido al ver que las ninfas de Calipso le habían preparado una túnica finísima y de blancura incomparable. Al advertir que junto a la túnica había un rico manto de púrpura recamado de oro, no pudo menos de sentirse íntimamente halagado.

Al calor de una aromática hoguera de cedro, se cambió las ropas y al punto hubiera ido en busca de la diosa para darle las gracias, si su anciano acompañante no le detuviera cogiéndole de un brazo.

El misterioso viejo, que no había hecho más que cambiarse el manto, pues no sabemos por qué maravilla su túnica estaba seca, dijo gravemente:

—¿Son esos los sentimientos que deben embargar el alma del hijo de Ulises? El hombre que se complace de verse adornado y que cuida amorosamente de su esbeltez es indigno de la admiración y de la gloria. En cambio, será digno de la posteridad aquel que tenga la inestimable virtud de preferir el trabajo a los placeres.

—No he dejado un instante, Mentor, de de-

testar la molicie y los placeres. Jamás será vencido el hijo de Ulises por las delicias de una vida ociosa y regalada.

—Sin embargo—replicó Mentor—, no has podido evitar un sentimiento de complacencia al advertir los cuidados que te prodiga Calipso, los encantos que ella misma posee y las bellezas que la rodean.

—Ciertamente, Mentor. Pero es que, después de las angustias pasadas, esta isla, esta diosa que nos colma de beneficios, parécenme deparadas por el cielo.

Mentor, al oír estas palabras, dió a su semblante una expresión más austera todavía y previno a Telémaco:

—Teme a su engañosa cortesía mucho más que a las rocas contra las que se ha estrellado nuestra nave. Desconfía de su dulzura y de su amabilidad. Tampoco debes dar crédito a lo que te cuente, pues no dudará en mentir para seducirte. Quiere ser tu esposa y casándote con ella serías profundamente desgraciado, pues no hay una pizca de nobleza en su corazón. No olvides mis consejos y vamos a reunirnos con Calipso.

Fueron a la gruta de la diosa y advirtieron que ésta se había vestido con sus mejores galas.

—Venid—les dijo po todo saludo—. La cena nos aguarda.

Pasaron a otro recinto de la gruta y allí vieron Mentor y Telémaco una mesa ricamente adornada con flores. La plata y el oro refulgían en ella. A su alrededor se erguían una multitud de ninfas vestidas de blanco.

Sentáronse la diosa y los dos huéspedes, y acto seguido, se sirvió una cena sencilla y frugal, pero deliciosa. El aroma de las aves asadas se mezcló al del vino exquisito y las doradas frutas recrearon tanto la vista como el paladar.

Terminada la cena, dijo Calipso :

—Ahora vamos a hablar. Tengo muchas cosas que contarte y muchas quiero que me cuentes tú. Sabe, Telémaco, que soy inmortal y que nadie que no lo sea puede entrar en esta isla. Pero tú nada temas, pues has de saber... que te amo.

Mentor dió con el pie a Telémaco, y éste comprendió lo que aquel aviso significaba. De

aquí que no demostrara entusiasmo ninguno ante la declaración de la diosa y replicase para excusar su frialdad:

—Te agradezco mucho, Calipso, ese rasgo de cortesía que te impulsa a declararme tu amor, pero en este momento no puedo pensar en otra cosa que en el paradero de mi padre.

Sonrió Calipso y dijo con reposado tono:

—¿No recuerdas que te he manifestado estoy enterada de lo que ha acontecido a Ulises?

El semblante de Telémaco resplandeció de avidez.

—Entonces ¿podrás darme detalles de su paradero?

—Sí.

—¡Oh, Calipso! — exclamó Telémaco—. ¡Habla! ¡Habla!

—Tu padre, como tú, tuvo la suerte de arribar a esta isla. Y, como tú, fué obsequiado por mis atenciones. Le ofrecí la misma vida regalada que a ti te ofrezco, pero él, neciamente, la despreció y esta fué la causa de su ruina. Huyó en su nave, pero la tempestad me vengó y, después de hacerle luchar durante ho-

ras y horas con la desatada furia de las aguas, lo sumió con su navío en la profundidad del mar.

Sepultó Telémaco el rostro entre las manos, pero Mentor, aprovechando que la diosa los había dejado un instante solos para dar ciertas instrucciones a las ninfas, le dijo en voz baja :

—Cierto es que ha estado aquí tu padre y ello justifica que tan rápidamente se haya enamorado de ti. Pero no des crédito a sus últimas palabras. Seguramente, sólo pretende con ellas atemorizarte para que no huyas de la isla, como hizo tu padre.

Telémaco, no obstante, siguió llorando o fingiendo que lloraba para despistar a Calipso.

Volvió la diosa y, creyendo sincera la aflicción de Telémaco, le instó, para que se distrajera, a contarle sus aventuras.

Comprendiendo el joven que, de momento, nada mejor podía hacer, puesto que el relato de su odisea no había de comprometerle, concentró sus ideas y comenzó a narrar.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

II

LO QUE CONTÓ TELÉMACO

PARTÍ de Itaca en busca de los otros reyes que habían ayudado a mi padre en la batalla de Troya y vi a Néstor en Pilos y a Menelao en Lacedemonia. Mas no supieron éstos darme noticias de mi padre y entonces resolví marchar a Sicilia. El sabio Mentor, al que aquí ves, trató de disuadirme de tal viaje, advirtiéndome de que corría el gran peligro de encontrarme con la escuadra de los troyanos, los cuales hubieran satisfecho su sed de venganza en mí, por ser griego y por ser hijo de Ulises, su gran enemigo. Prudentísimos eran los consejos de Mentor, pero no pude dominar mis juveniles ansias y partí para Sicilia.

No tardé en convencerme de que iba a pa-

gar cara mi desobediencia. Desencadenóse una violenta tempestad y, al mismo tiempo, vimos una nave troyana que llevaba en la popa unas guirnaldas de flores.

—¡Los troyanos!—dije a Mentor—. ¡Estamos perdidos!

—La nave—repuso mi sabio acompañante—es idéntica a la nuestra.

—¿Acaso dudas de que sea de los troyanos?—le pregunté.

—No puedo dudarlo, aunque me extraña que vaya tan sola.

—Se habrá extraviado.

—Eso es, a buen seguro.

Entre tanto, la tempestad continuaba azotando despiadadamente a la nave. Habían transcurrido algunas horas cuando la mar comenzó a calmarse. Mas, sin duda, no quiso el cielo que saliéramos del peligro y, con la consiguiente inquietud, vi que en el horizonte aparecía una escuadra entera.

—¡Los troyanos!—exclamé.

Pero Mentor, sonriendo sutilmente, se fué hacia la popa y la adornó de guirnaldas de flores. Ordenó a los remeros se agacharan para

no ser vistos por el enemigo, y así pudimos pasar tranquilamente entre las naves de Troya, de todas las cuales partían gritos y aclamaciones de entusiasmo y cordialidad. No comprendí en un principio cómo los troyanos podían hacernos tal recibimiento, pero Mentor me lo explicó.

—Creen que esta nave pertenece a su escuadra y es la que hemos visto perdida en medio del mar, gracias a las flores que yo he colgado en la popa y a la semejanza que tiene nuestra nave con la de ellos.

Merced a este ingenioso ardid, pudimos llegar a Sicilia.

Mas una nueva desventura nos preparaba el cielo. En el punto de la costa en que desembarcamos, reinaba el viejo Acestes, procedente de Troya, el cual, al darse cuenta de que éramos griegos, ordenó fuera destruído nuestro bajel y degollados todos sus tripulantes, excepto Mentor y yo, a quienes nos conservaba para quitarnos la vida en público y con toda ceremonia.

Ya faltaban tan sólo unos instantes para que

se nos diera muerte, cuando Mentor solicitó hablar con el rey.

Se le concedió y mi sabio compañero dijo a Acestes:

—¡ Oh, anciano rey ! Voy a hacerte un gran servicio a cambio de nuestra libertad. Los presagios de los dioses me dan el conocimiento de que, en el término de tres días, una legión de bárbaros descenderá de las montañas y caerá sobre tu pueblo. Apresúrate, pues, a apercibirte para la defensa. Que tus soldados tomen las armas y que todos los rebaños que pululan por los campos se recojan dentro de tus murallas.

Sorprendido quedó Acestes de la firmeza y de la cordura con que hablaba Mentor, pero la prudencia le movió a decir:

—Os dejaré en libertad si es cierto lo que dices, mas, si no lo fuera... Desde luego retraso durante tres días vuestra muerte. Si transcurrido este plazo, puedo comprobar que tu predicción no ha sido más que una mentira para salvarte y salvar a tu compañero de la terrible pena, seréis al punto degollados. Y si, efectivamente, los bárbaros caen sobre mi pueblo, os será devuelta la libertad.

Y en seguida difundió por el pueblo las oportunas órdenes. Recogiéronse los rebaños dentro de las murallas, armáronse las tropas. Las mujeres corrían despavoridas de un lado a otro. Pero, mientras la mayoría de aquellos sicilianos creyeron en el presagio de Mentor, no faltó quien dudara de él y dejara sus rebaños fuera de las murallas, continuando su vida como en tiempos de paz.

Buen castigo recibieron éstos por su incredulidad. Antes de que los tres días transcurrieran, vióse en las montañas una nube de polvo y una muchedumbre embravecida y sedienta de sangre cayó sobre el pueblo.

Entonces advertí que Mentor, además de un talento nada común, poseía una intrepidez incomparable.

Saltando sobre su caballo, se armó con escudo, espada y lanza, puso en orden a los soldados de Acestes y se abalanzó sobre el enemigo.

Yo, que le seguía de cerca, tuve ocasión de admirar su arrojo, su bravura y su admirable serenidad. Con tanto denuedo combatía, que

los bárbaros, llenos de un terror supersticioso, huyeron despavoridos.

Agradecido Acestes por el gran servicio que le habíamos prestado, nos colmó de regalos y nos devolvió la libertad, instándonos a que regresáramos a nuestro país para gozar de una seguridad completa:

—Os prestaré un navío—nos dijo—y una tripulación completa. Mas dichos tripulantes no serán naturales de mi pueblo, pues en Grecia no serían bien recibidos. Tendréis un equipo de remeros fenicios, los cuales comercian hace tiempo con todo el mundo y son bien recibidos en todas partes. Estos mismos remeros se encargarán de devolverme la nave.

Nos hicimos a la mar, dando gracias a los dioses por nuestra salvación, pero pronto una nueva contrariedad nos demostró que la tranquilidad no se había hecho para nosotros.

Apareció en el horizonte una escuadra que promovió gran agitación entre los tripulantes de nuestro navío.

—¡Los egipcios!—exclamaron.

Pregunté a Mentor la causa de aquella inquietud y mi sabio compañero me explicó que

Sesostris, el rey de Egipto, perseguía a los fenicios, cuya altivez había excitado su indignación.

Tratamos de huir, pero era ya demasiado tarde. Los egipcios nos alcanzaron y nos hicieron prisioneros, conduciéndonos a los dominios de Sesostris.

Este, que era hospitalario y generoso, no decretó nuestra muerte sino que nos separó a uno de otro, sometiéndonos a la esclavitud hasta que se averiguara si realmente no éramos fenicios, cosa que nosotros nos habíamos apresurado a hacer constar.

Un día murió Sesostris y en el trono le sucedió su hijo Bochoris, en cuya alma se concentraban todos los vicios y todas las maldades.

Hasta tal punto llegaron sus súbditos a odiarle, que, con objeto de destronarle y reducir a los que aún le seguían estimando, solicitaron la ayuda de sus enemigos de antes : los fenicios.

Se apresuraron éstos a acudir, logrando degollar a Bochoris, por cuyo servicio les prometieron los egipcios cesar en la persecución que de ellos hacían.

Se dió en el acto libertad a todos los prisioneros fenicios, y yo, como tal, partí para Tiro en una nave que mandaba un capitán llamado Narbal.

Preguntóme éste de qué ciudad de Fenicia era, y yo le respondí que de ninguna, explicándole seguidamente quién era y por qué causa estaba allí.

Al saber los estrechos lazos que me unían al gran Ulises, el vencedor de Troya, me miró lleno de admiración y me dijo:

—Tu semblante y la firmeza de tu voz me garantizan tu sinceridad. Mis padres me enseñaron a ser hospitalario con el extranjero y generoso con todo el mundo. Tienes en mí un amigo fiel, y, como tal, voy a darte un consejo: Oculta tu verdadera personalidad. Nuestro rey, Pigmalión, es un monstruo que, a sus muchos defectos, añade el de su afán desmedido a las riquezas. La codicia es un delito en Tiro y por ello Pigmalión es odiado por sus súbditos. Sin embargo, no le cura esto de su avaricia y seguro estoy de que, si supiera que eres hijo de Ulises, te haría prisionero, sólo

por la considerable suma que pudieran darle por tu rescate.

Cuando llegamos a Tiro, tuve ocasión de comprobar la justeza de las palabras de Narbal.

Pigmalión era pobre, pese a sus abundantes riquezas, pues no podía gozar de ellas por temor a que le robasen o lo asesinaran.

Conocía el desafecto que inspiraba a sus nobles súbditos y, desconfiando de la paciencia de éstos, había mandado forrar de férreas planchas todas las puertas de su palacio y colocar siete grandes cerrojos en cada una de ellas. Apenas comía por temor a ser envenenado y su sueño no era nunca apacible.

Dije, pues, que era natural de Chipre y así pude permanecer algunos días en la maravillosa ciudad de Tiro, célebre en todo el mundo por la supremacía de su comercio.

Mas el rey llegó a sospechar de mí y envió un mensajero a Narbal, ordenándole compareciéramos los dos en su presencia.

Yo me resigné a mi suerte y manifesté a Narbal mi deseo de acudir a la llamada de Pigmalión para explicarle la verdad de todo,

pero mi amigo se opuso terminantemente, haciéndome partir en una nave de Chipre que en aquel momento iba a hacerse a la mar para regresar a su país.

Solo, pues, sin la compañía de Mentor, al que ya no esperaba volver a encontrar, partí de Tiro entre gente extranjera.

Narbal, mi fiel amigo, me dijo adiós desde el muelle...

Enmudeció Telémaco, y Calipso, que le había escuchado atentamente, lanzó un suspiro y manifestó:

—Tu historia es tan interesante que quiero oírla con toda tranquilidad. Así, pues, retiraos a descansar y mañana reanudarás el relato. Venid. Os conduciré a vuestros aposentos.

Les guió a la misma gruta en que se habían mudado de ropa y mostró a sus huéspedes dos recintos, separados tan sólo por una fina pared de roca.

Después se alejó ligeramente hacia la boca de la caverna, junto a la cual ardían incesantemente dos hogueras de cedro.

III

CONTINÚA EL RELATO DE TELÉMACO

Al reunirse de nuevo Telémaco con Calipso y Mentor, continuó su interrumpida narración de este modo:

—Pronto perdí de vista las tierras fenicias. Como todos los tripulantes del bajel eran hijos de Chipre, cuyas costumbres desconocía, resolví callar y observar. Y así, me dí cuenta de que entre aquellos extranjeros reinaban los más desatados instintos de disipación y voluptuosidad. Comenzó un ruidoso festín y todos los comensales se embriagaron rápidamente. De súbito estalló una tremenda tempestad que puso en peligro nuestras vidas y

vi que el capitán, embriagado como el último marinero, no acertaba a dar una sola orden.

Nadie estaba en disposición de coger el timón, únicamente yo. Por lo tanto, dirigíme a él y gracias a mí, el único de a bordo que no sufría los efectos del alcohol, pudimos llegar felizmente a Chipre.

Era la primavera. Las flores saturaban el ambiente de aromas y el sol ponía sus luminosos besos por todas partes. Las gentes no se cuidaban de otra cosa que de gozar de las delicias que les ofrecía la Naturaleza. Todo eran fiestas y juegos. Festines... amor...

Comprendí al punto las innumerables tentaciones que amenazaban en aquella isla a mi juventud y acaso hubiera caído en ellas de no acontecer lo que voy a relatar.

Para alejarme de aquel ambiente manchado por el vicio salí de la ciudad y, andando andando, llegué a un bosque, donde me encontré... ¿a quién dirás que me encontré? Pues a Mentor.

Loco de alegría, me abalancé sobre él, celebrando ruidosamente el haberle hallado, pero cuál no sería mi desengaño cuando me dijo :

—He venido aquí porque sabía que aquí había de verte, pero pronto habremos de separarnos de nuevo.

Dos conceptos encerraban estas palabras y ambos me llenaron de sorpresa.

—¿Cómo podías saber que vendría aquí?

A esta pregunta no contestó Mentor.

Le hice otra.

—¿Dices que hemos de volver a separarnos?

—Sí—repuso Mentor—. Cuando nos separamos en Egipto, un cruel ministro de aquella nación me vendió a los árabes en calidad de esclavo y, habiendo pasado estos a Damasco para traficar, me vendieron a su vez a mi actual dueño, Hazael, el cual deseaba un esclavo griego para instruirse en las costumbres de Grecia. Lo que le he contado acerca de nuestra ciencia y nuestras costumbres le ha movido a pasar a Creta para aprender las leyes de Minos. La índole de los vientos nos han obligado a fondear aquí. Pero cambia la dirección del aire y, como el bajel va a partir y todo esclavo que teme a los dioses debe

seguir siempre a su señor, voy a reunirme con Hazael.

Y Mentor se iba, pero yo corrí a su lado y le detuve.

—No, no puedo consentir que me dejes ahora que los dioses han querido que nos volvamos a reunir. Veré a tu amo y le pediré con lágrimas en los ojos que te devuelva la libertad.

Así lo hice, después de explicarle a Hazael quién era, y éste me respondió:

—Compré a Mentor como esclavo, pero hoy ya no es sino mi maestro y mi más fiel amigo. Así, pues, tiene libertad para ir adonde le plazca. Pero tanto a él como a ti he de haceros un ruego: ¿Por qué no me acompañáis a Creta?

Acepté muy gustoso, por mi parte, y lo mismo hizo Mentor.

Cuando llegamos a Creta, observamos que el pueblo rebullía como si en él hubiera estallado una revolución.

Algo semejante acontecía. Según un cretense nos explicó, el pueblo había destronado a su rey y buscaba un substituto.

Para ello había convocado a todas las personas ilustres del pueblo, las cuales habían de reunirse en un circo donde comenzarían las pruebas.

Por indicación del cretense, fuimos al circo y cuál no sería mi asombro al ver que en él había gente que me conocía.

—¡ Es el hijo de Ulises ! ¡ Es el hijo de Ulises !—dijeron varias voces.

Se nos invitó a tomar parte en el torneo y Mentor se excusó con su vejez. Hazael estaba enfermo y también pudo rechazar la oferta. Pero yo ¿qué excusa podía dar?

Consulté con la mirada a Mentor, y éste me ordenó que aceptase.

Descendí, pues, a la arena y, por unos instantes, fuí espectador de varios encuentros de lucha, en lo cual consistía el primer ejercicio.

Distraído en la contemplación del espectáculo, me quedé para el último encuentro y cuando, al fin, llegó mi hora, me vi ante un atleta de músculos tan poderosos que, al menor movimiento, todos se le marcaban debajo de la piel.

Tendría unos treinta y cinco años y, uno

a uno, había ido venciendo a todos los que se presentaron a combatir.

En cuanto me vió acercarme a él dispuesto para la lucha, me dirigió una mirada llena de compasión; pero yo di un paso hacia delante al mismo tiempo que abría los brazos, y hubo de defenderse.

Pecho contra pecho, enlazada a uno la pierna del otro, ambos tratamos de triturarnos y permanecimos unos instantes en la ansiosa espera de ver quién veía caer a quién.

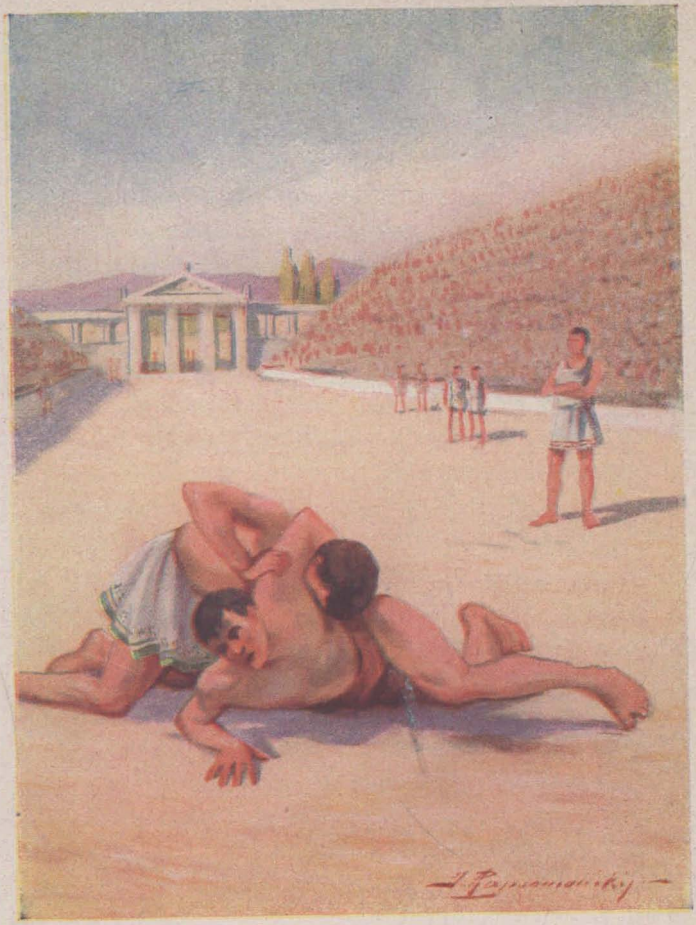
Al fin advertí que su cuerpo cedía a mi empuje, que su cintura se doblaba y, haciendo un último y violentísimo esfuerzo, logré abatirlo, sujetando su espalda contra la arena.

Las miles de almas que llenaban el circo me aclamaron y pasamos inmediatamente a la segunda prueba.

Esta consistía en una carrera de carros y aunque a mí me cayó en suerte el menos ligero, logré también un rotundo triunfo.

El entusiasmo de la muchedumbre se desbordó.

—¡ Victoria ! ¡ Victoria al hijo de Ulises !— era el grito que surgía de todas partes.



...haciendo un último esfuerzo.

Finalmente, un tribunal formado por los ancianos más representativos de Creta, nos sometió a todos los candidatos a varias preguntas encaminadas a aclarar ciertos puntos que las leyes de Mino trataban muy confusamente.

Era natural que me llevara yo la palma en esta nueva prueba, ya que mi maestro había sido el sabio Mentor.

Mas he aquí que cuando, entre las aclamaciones del pueblo, me disponía a ocupar el trono de Creta, Mentor me dijo:

—¿Prefieres los lauros y esta efímera gloria, a continuar tu noble empeño de encontrar a tu padre? ¡Oh, Telémaco, eres indigno de quien te dió el ser!

Estas palabras hirieron mi corazón de tal modo, que al punto dirigí a los magistrados y al pueblo la palabra para manifestarles que renunciaba al trono, pues yo había de volverme a mi patria, donde me esperaban mis padres.

Grande fué el desengaño que experimentó aquella multitud, pero al saber que todos los conocimientos los había adquirido del sabio Mentor, instaron a éste a que ocupara el trono que yo había desdeñado.

Mentor tampoco quiso aceptar honor tan grande, manifestando que entre los cretenses había un hombre dignísimo de ocupar tan alto puesto.

—¿Quién es ese hombre?—preguntaron los magistrados.

—Aristodemo—repuso Mentor.

Sin pérdida de momento, tal era el respeto que mi sabio amigo y maestro les inspiraba, fueron en busca de Aristodemo, proclamándole rey de Creta.

Pedimos una nave para trasladarnos a nuestro país y nos la dieron gustosísimos.

Después de despedirnos de Hazael y del pueblo en masa, que acudió al puerto, nos hicimos a la mar.

Mas Venus, la diosa de los placeres, quiso vengarse, sin duda, del desprecio que de ellos hacíamos y consiguió de Jupiter que destrozara nuestro navío, siendo nosotros, de toda la tripulación, los únicos que hemos llegado con vida a estas playas.

Calipso, cuyo interés había ido en aumento conforme la relación de Telémaco se fuera pro-

longando, dirigió a éste una mirada llena de pasión.

Pero Mentor, que velaba por su discípulo, se despidió de la diosa, con la excusa de que ya era hora de descansar, y se llevó al joven a su aposento.

Una vez allí le dijo:

—Durante tu relato, no he dejado un solo instante de espiar los gestos de Calipso y por eso puedo asegurarte que siente hacia ti una profunda y peligrosa pasión. De aquí que sea preciso discurrir el medio de alejarnos de esta isla... Pero deja esto de mi cuenta. Tú, Telémaco, duerme y descansa.

IV

EL AMOR DE LA DIOSA Y EL ARDID DE MENTOR

AMANECIÓ el siguiente día, y el otro, y el otro, sin que a la mente de Mentor acudiera la apetecida solución para el problema de la fuga.

Entre tanto, Calipso tendía a Telémaco sus redes y le colmaba de atenciones y de comodidades con tan fina astucia, que momento llegó en que el joven deseó permanecer en la isla, en vez de seguir buscando a su padre.

Advirtió el sabio Mentor esto que él calificaba de profunda desgracia, y procuró por todos los medios que tenía a su alcance arrancar del pecho de Telémaco sentimientos tan desdichados.

Mas todo fué inútil : el pecho juvenil de su discípulo estaba ya herido por las flechas emponzoñadas de la pasión y de la locura.

En estos profundos y dolorosos conflictos hallábase sumido Mentor, cuando, cierto día, sorprendió entre las flores a Telémaco y a la ninfa Eucharis, los cuales hallábanse enzarzados en animado coloquio. Aguzó el oído y percibió unos juramentos de amor.

Confuso y sorprendido, se alejó de aquel lugar para entregarse detenidamente a la meditación sobre lo que acababa de descubrir. Ahora se explicaba por qué Telémaco, durante sus cacerías, se hacía siempre acompañar de Eucharis.

¿Era posible que Calipso no se hubiera dado cuenta de los lazos de afecto que unían a su ninfa con su huésped? Seguramente nada sabría, puesto que el amor es ciego.

Ciertamente la ninfa Eucharís era hermosa, acaso más que Calipso, y no le extrañaba que Telémaco hubiérase enamorado de ella.

¿Así, pues, Telémaco no amaba a Calipso sino a Eucharís? El problema era distinto, pero

igualmente peligroso. Por lo tanto, seguía siendo de suma urgencia hallar una solución.

No tardó esta vez en acudir a su mente una, y magnífica. Despertando los celos de Calipso, a buen seguro ésta procuraría alejar a Telémaco de la isla con tal de separarlo de la ninfa que le robaba su amor.

Al punto fué Mentor a comunicar a Calipso que sospechaba que la ninfa Eucharís le hacía traición, y la diosa vió en un momento lo que en días y días no había sabido ver.

Loca de furia y de celos, exclamó:

—¡Ahora comprendo por qué elige siempre a Eucharís para que le acompañe en sus cacerías! ¡Oh, hijo de Ulises, qué indigno eres de cuanto he hecho por ti! Te ofrezco una vida regalada, llena de delicias y comodidades, y la desprecias para prendarte de una de mis pobres ninfas. ¡Cuán miserable eres, hijo de Ulises!

En estos términos y otros semejantes siguió vociferando, y Mentor retiróse, fingiéndose abatido para no inspirarle desconfianza.

Desde aquel momento, no cesó Calipso de perseguir a Telémaco y a la ninfa Eucharís,

procurando por todos los medios imaginables entorpecer el amor que los unía.

Pero no tardó en convencerse de que era inútil pretender separarlos y, persuadida a la vez de que Telémaco no sería ya nunca para ella, tomó la resolución que Mentor esperaba ansiosamente. Los separaría para vengarse de la ofensa que le habían inferido.

Uniendo la acción al pensamiento, se fué en busca de Mentor, al que halló dormido, y, despertándolo, volcó sobre él este tumulto de palabras:

—¡Oh, Mentor! ¿Así defiendes a Telémaco de los peligros que le rodean? ¿Es a ti a quienes los padres de Telémaco han confiado al imprudente joven? Puesto que tú no te interesas por él, lo haré yo. En el interior del bosque, crecen hermosos álamos muy a propósito para la construcción de un bajel: de ellos se valió Ulises para construir el navío en el que huyó de mi isla. Cerca de tales álamos, hallarás una caverna con todos los útiles necesarios para cortar y unir la madera.

No perdió Mentor un instante y aquel mismo día estuvo construído el bajel.

¿Cómo fué posible tal milagro? Ni la misma Calipso, pese a su condición de diosa, pudo saberlo. Sabía únicamente que el anciano Mentor había dado muestras más de una vez de poseer facultades sobrehumanas.

Aquel mismo día, y mientras la luz del sol extinguíase por Occidente, Telémaco y la diosa se encontraron frente a frente, cuando el joven regresaba de una de sus frecuentes cacerías con Eucharís.

Calipso le dijo:

—Mentor ha construído un bajel que servirá para alejaros de esta isla.

—¿Por qué?—preguntó el joven, aturdido por la tremenda revelación.

—Porque yo lo mando.

—¿Y cuándo habremos de partir?

—Hoy mismo.

—¡Oh, Eucharís! Habremos de separarnos. ¿Podré sobrevivir a esta fatalidad?

Al punto comprendió que había cometido una imprudencia, pero era ya demasiado tarde.

Calipso montó en cólera y exclamó:

—¿Y te atreves a nombrarla en mi presencia? ¡Ah, infame extranjero! ¡Huye, aléja-

te de esta isla cuya paz has venido a turbar! ¡Que los dioses a quienes has ofendido, descarguen sobre ti toda su ira! ¡Que los buitres te devoren! ¡Que tu corazón se petrifique para que no puedas amar a ninguna mujer.—

Y, enloquecida, echó a correr por los campos y los bosques sin cesar de proferir tremendos gritos.

Telémaco, aterrado, fué en busca de Mentor y se echó a llorar a sus plantas, relatándole todo cuanto ocurría.

Y el noble anciano le consoló de esta forma:

—Cesa en tu aflicción, hijo de Ulises. Los dioses te han protegido siempre y te siguen protegiendo. Ellos son los que te han conducido al borde del precipicio para que conozcas su profundidad, pero sin dejarte caer en él. Recobra tus perdidos ánimos, pues pronto te verás libre de estos terribles conflictos. La misma Calipso se ve obligada a arrojarte de su isla, y, gracias a ello, podrás regresar tranquilamente a tu querida patria.

Entre tanto, Calipso, tras el arrebato de ira, había caído en un profundo abatimiento.

Cuando las ninfas llegaron...

—¡ Oh !—exclamó—. ¡ A pesar de todo le amo, amo con locura al hijo de Ulises !

En este preciso instante, le vió pasar acompañado de Mentor camino de la playa y el profundo amor que sentía hacia el joven, dictóle estas vehementes frases :

—¡ No quiero que se vaya ! ¡ Qué no se vaya Telémaco ! ¡ Le amo y deseo tenerle a mi lado siempre !

Y llamó a todas sus ninfas y les ordenó fueran a quemar la nave en que Telémaco y Mentor habían de hacerse a la mar.

Cuando las ninfas llegaron junto al bajel con las hachas encendidas, el sabio y su discípulo contemplaban el mar desde una roca.

El bajel, construído con madera seca, se convirtió rápidamente en una inmensa llama.

El calor y la luz inusitada del fuego hicieron volver la cabeza a Mentor, el cual en aquel instante trataba de descifrar la nacionalidad de un navío que pasaba cerca de la isla.

En el acto comprendió lo que significaba aquel incendio. Vaciló un instante sin saber qué determinación tomar, pero, comprobando al fin con la mirada la distancia que les separaba de

la nave que cruzaba frente a la isla, empujó a Telémaco, lanzándose él detrás.

Ambos desaparecieron un instante bajo las aguas saladas y azules, pero volvieron a salir a flote casi al mismo tiempo que Mentor decía tendiendo una mano a Telémaco:

—¡Sígueme, hijo de Ulises!

Y, a nado, se dirigieron hacia la nave que pasaba cerca de la isla.

V

EL HERMANO DE NARBAL

El navío que vieron desde la costa y hacia el cual se dirigieran a nado era fenicio. Ello tranquilizó a Mentor, el cual no ignoraba los dones hospitalarios de aquellas gentes y, aproximándose al casco de la nave, exclamó:

—¡Fenicios, seres hospitalarios y protectores, recibidnos en vuestro bajel y no dejéis perecer ahogados a quienes esperan de vosotros la salvación!

Y, desde la borda, repuso una voz amiga.

—Jamás en mi navío se negó a un náufrago la ayuda.

Al punto lanzaron una escala, por la que Mentor y Telémaco subieron con tanta ligereza como les permitía su fatiga.

Viendo su lamentable estado, el capitán or-

BIBLIOTECA NACIONAL

denó se les diera ropas secas y les preparasen una buena comida.

Cuando los huéspedes hubiéronse cambiado de ropa y calentado al fuego de una pequeña hoguera que se había encendido expresamente para los náufragos, el capitán volvió a reunirse con ellos, fijando en Telémaco una mirada llena de curiosidad. Decidióse al fin a decirle:

—Permitidme os pregunte si tenéis memoria de haberme visto alguna vez, como yo la tengo de haberos visto a vos.

Telémaco, que también contemplaba el rostro del capitán, seguro de que no era la primera vez que lo veía, exclamó:

—Eso mismo me estoy yo preguntando desde que os habéis presentado a mis ojos. ¿Dónde os he visto? ¿En Egipto?... ¿en Tiro?...

—¡Sí, en Tiro fué!—exclamó entonces el capitán, recordando de súbito—. Sois Telémaco, el que hizo gran amistad con Narbal, el cual es hermano mío.

—¡Oh, Narbal; mi fiel y generoso amigo! También yo os reconozco ahora. Sois Adoam y aunque os he visto pocas veces y poco os he

tratado, os conozco muy bien por lo mucho que vuestro hermano me ha hablado de vos.

Después de abrazarse como dos hermanos, Adoam mostró su extrañeza por haberlos visto llegar de la Isla de Calipso, donde estaba probado que no podía posar su planta viajero alguno, y Telémaco le refirió el triste percance que les había llevado allí y por qué causa iban recorriendo los pueblos y los mares.

Entonces dijo el capitán:

—Hacia Epiro voy, y como Itaca está cerca, muy fácil me será conduciros a vuestra querida patria.

Avisaron en esto a Adoam de que la cena estaba preparada y el capitán condujo a los huéspedes a la mesa donde se entabló al punto una animada conversación.

—Habladme de vuestro hermano Narbal—dijo Telémaco—. ¿Sufre aún los rigores del terrible Pigmalión, el rey fenicio?

—Pigmalión ha muerto—repuso el capitán—ha sido asesinado. El mismo temor a morir ha sido la causa de su muerte. En cada súbdito veía un asesino y por docenas los mandaba degollar. Con su servidumbre se com-

portaba del mismo modo y una de sus camareras, temerosa de correr la suerte que ya otras habían corrido, le envenenó.

Espléndida era la comida que Adoam había hecho servir por jóvenes fenicios vestidos de blanco y coronados de flores. Entre tanto, otros siervos quemaban los más exquisitos perfumes orientales. Sonaba al mismo tiempo una música que llenaba los oídos y el corazón a un mismo tiempo. Y al esplendor de esta escena contribuía la majestad de la noche estrellada, de la quietud del mar, del resplandor suavísimo de la luna.

—Esta paz, esta delicia—dijo Adoam de súbito—me recuerda uno de los pueblos que más frecuentemente he visitado durante mis viajes. Este pueblo es la Bética (1). En él la gente reúne todos los dones de la sencillez, la laboriosidad y la nobleza, hasta tal punto que no parece tierra de hombres sino de dioses generosos. Por su suelo corre el Betis y de este río ha tomado el nombre. Los inviernos allí son templados y en verano no cesa nunca de soplar una brisa refrescante. Las cosechas

(1) La Andalucía.

se suceden con regularidad y abundancia. Los caminos están orlados de árboles siempre verdes. Numerosos rebaños pacen en las montañas y la lana que producen es tan fina, que se ha hecho famosa en toda la tierra. Poseen muchas minas de oro y plata, pero allí se da a estos metales el mismo uso que al hierro, pues se detesta el lujo y el adorno. La mayoría de sus habitantes son labradores o pastores. Allí la inteligencia y el esfuerzo se ponen sólo al servicio de la utilidad. Usan vestidos sencillos y son frugales en la alimentación. Su horror al lujo y a la ostentación es tan grande que viven en rústicas cabañas. No beben vino, a pesar de que su tierra produce riquísima uva y no necesitan jueces porque cada habitante lleva uno en la conciencia. Este es el delicioso pueblo que me recuerda la paz presente.

Entre tanto, el piloto Atamas era el encargado de conducir el navío hacia Itaca.

Y sucedió que un poder extraño apoderóse de él haciéndole ver cosas que no existían y esfumando a sus ojos otras que estaban presentes.

De aquí que, al amanecer, cuando la luz del día pudo orientarles, Telémaco se diera cuenta de que no se hallaba frente a su Itaca querida.

Así se lo dijo al piloto Atamas y éste repuso:

—Sí que es Itaca. La conozco muy bien. ¿No ves aquel palacio? ¿No ves aquel bosque?

—No lo veo—repuso Telémaco—. Sin duda sufres alucinaciones.

En este momento, el piloto consiguió librarse del nefasto poder y exclamó:

—Ahora me doy cuenta de que un hado fatal me ha hecho juguete suyo. Esa ciudad no es Itaca, sino Salento, la fundada recientemente por Idomeneo, el rey expulsado de Creta.

Corrió el piloto a comunicar a Adoam lo ocurrido, pidiéndole órdenes al mismo tiempo, y el capitán, después de perdonarle, le dijo que entrara a toda vela en la rada de Salento.

* * *

Mentor, con su peculiar discreción, se dispuso, apenas desembarcaran en la naciente ciudad, a ir a visitar a Idomeneo para pedirle clemencia.

Desde la costa, pudieron los viajeros advertir que reinaba en el pueblo singular agitación.

—Paréceme, amado Mentor, que esta ciudad naciente no es un buen ejemplo de paz.

En efecto, sus moradores corrían hacia los templos donde solían celebrarse los sacrificios preliminares de la guerra, los hombres afilaban sus armas y en todas las miradas se descubría un extraño resplandor bélico.

Conducidos Telémaco y Mentor a presencia de Idomeneo, dijo el sabio:

—¡Oh, poderoso rey! Ten clemencia de nosotros. Mi acompañante, este joven que aquí ves, es hijo del famoso Ulises, al que tú, sin duda, conociste en la guerra de Troya, pues fuiste aliado suyo.

Al oír pronunciar el nombre de Ulises, Idomeneo se levantó y exclamó abrazando a Telémaco:

—¡Oh, hijo del rey más sabio y valiente

del mundo! Bien se ve que eres de la misma sangre que Ulises, pues tu rostro se asemeja al de él como un grano de trigo a otro grano de trigo. Gran amigo mío fué y presumo que su desaparición te produce la misma pena que a mí. ¿Sabes algo de él? ¿Tiene alguien noticias suyas?

Al oír estas palabras, las lágrimas brotaron de los ojos de Telémaco, el cual replicó con la voz velada por el llanto:

—Nada sabemos de él, aunque hace ya mucho tiempo que vamos buscándole. No sabemos a qué misterioso rincón del Mundo le habrán llevado las corrientes marinas. No sabemos si vive o ha sido pasto de los peces. El sabio Mentor, a quien el mismo Ulises me confió siendo niño, me acompaña en esta gran aventura. Y deseábamos de ti, rey poderoso y noble, que nos facilitaras los medios para llegar a Itaca, donde quién sabe si mi querido padre estará ya de regreso.

Muy dispuesto se mostró Idomeneo a prestarles su ayuda, pero solicitó de ellos permanecieran a su lado hasta que se solucionaran

ciertos conflictos que habían estallado en la ciudad.

—Tú, Telémaco—dijo—, por ser hijo de Ulises, poseerás extraordinarias dotes de guerrero y de gobernante, y tú, Mentor, con tu privilegiada inteligencia, podrás darme excelentes consejos.

—¿Qué conflictos son esos que tanto te preocupan?—demandó Mentor.

Y el rey repuso:

—Cuando fuí destronado de Creta, me embarqué con el puñado de súbditos que aún seguían siéndolo para mí, aunque yo ya no era rey. ¿Adónde pensaba dirigirme? A ninguna parte y a todas. Allí donde hallara una costa que me agradara por su clima y por las condiciones de su tierra, desembarcaría y fundaría una ciudad. Pendiente de este pensamiento, arribamos a esta playa, que me pareció excelente. Desembarcamos y al punto nos dimos cuenta de que nos hallábamos en la Hesperia (1) y de que esta parte de su costa estaba habitada por salvajes. Los expulsamos

(1) Hesperia. Así denominaban los griegos a Italia.

fácilmente de aquí y ellos se replegaron en las vecinas montañas, desde donde no cesaron de hacernos la guerra hasta que nosotros nos decidimos a darles una ruda réplica. Ellos, entonces, al darse cuenta de su inferioridad, enviaron a diez ancianos venerables para pactar la paz. Nos pusimos de acuerdo fácilmente, pues mi deseo no era otro que el de dar fin a tan entorpecedora guerra, pero, al mismo tiempo, unos cazadores que nada sabían aún del pacto, atacaron a un grupo de salvajes que hallaron en su camino. Esto les ha exacerbado de tal modo, que han vuelto a declararme la guerra, pidiendo ayuda a los pueblos vecinos, para que su fuerza sea mayor.

Telémaco y Mentor accedieron a quedarse al lado del hospitalario rey.

Al siguiente día, cuando todo el pueblo, armado, esperaba tras la sólida muralla, una nube de polvo surgió repentinamente en las montañas vecinas y la nube fué convirtiéndose en masa humana, tan nutrida que Idomeneo, el cual se hallaba en una torre al lado de Mentor, dijo:

—Ruda va a ser la batalla. Y a fe que no lo siento por el peligro que corre mi vida, sino porque la naciente ciudad de Salento, en la que había cifrado todas mis esperanzas, va a sufrir grandes daños.

Fué aproximándose la masa humana, dando la sensación de que iba en aumento conforme acortaba la distancia que la separaba de la ciudad de Idomeneo.

Mentor, mientras el rey estaba abstraído en la contemplación de las masas aliadas, descendió de la torre, se dirigió a las puertas de la muralla y dijo que las abrieran.

Dudaron los soldados, pero la voz del sabio era tan firme, que acataron la orden tras la breve vacilación.

Mentor salió al campo, levantando el brazo en cuya mano llevaba una rama de olivo en señal de paz.

Idomeneo, al verle desde la torre, quedó asombrado, y su asombro creció de punto al advertir que él solo avanzaba sin vacilar hacia los miles de hombres que formaban el enemigo.

Estos, sorprendidos a su vez por el gesto de Mentor, bajaron las armas mientras los caudillos de cada una de las fuerzas aliadas avanzaban hacia él.

Cuando éstos y aquél se reunieron, dijo Mentor:

—Contened vuestros ímpetus, nobles guerreros. Conozco los motivos de vuestra ira y la hallo justificada, pero sabed que Idomeneo sigue estando decidido a pactar con vosotros la paz y que si unos cazadores os atacaron mientras se hacían las gestiones de concordia, fué porque éstos nada sabían de ellas. Idomeneo quiere la paz y está dispuesto a daros en rehenes a doce bravos cretenses si vosotros hacéis otro tanto. Ahora bien, tened entendido que Idomeneo no obra así por cobardía, sino por prudencia y sabrá daros buena muestra de su valor si no aceptáis la paz. He aquí, pues, bravos caudillos, valientes soldados, lo que os ofrezco: en una mano la destructora espada; en la otra, la rama de olivo, representativa de la paz, que es el principio de toda felicidad y toda positiva grandeza.

Tan elocuentes habían sido las palabras de Mentor y tan certeramente supo dirigirlas el sabio al corazón de aquellos soldados, que todos exclamaron a un mismo tiempo:

—¡La paz, la paz!

Al oír aquel grito amistoso, Idomeneo descendió de la torre y acudió al lado de Mentor, ratificando las palabras de éste.

Complacidos los caudillos por la inesperada solución del conflicto armado, tendieron la mano a Idomeneo y abrazaron a Mentor, juzgando que todo se lo debían a él.

Cortésmente, invitó Idomeneo a los caudillos a que entraran en Salento, y, una vez en la ciudad, les presentó a Telémaco, el hijo del famoso Ulises.

Por todas partes cundió rápidamente la alegría. Los de uno y otro bando sabían muy bien los desastres que reportan las guerras y aquella inesperada paz fué para ellos un inestimable regalo.

Idomeneo mandó preparar una cena adecuada a la categoría de los invitados y con ella celebraron la buena inteligencia que de

entonces en adelante reinaría entre todos los pueblos de la Hesperia.

El puesto de honor en la mesa lo ocupó Mentor.

Realmente, a nadie como a él correspondía.

VI

LA CIUDAD NUEVA

TERMINADA la cena, Néstor, uno de los caudillos, tomó la palabra para decir:

—La facilidad con que hemos aceptado la paz, debe convencerte, ¡oh, Idomeneo!, de cuán lejos estamos de anhelar la guerra por codicia ni por vanagloria. Mas ¿qué hemos de hacer siendo vecinos de un rey violento y codicioso que sólo piensa en invadir los demás Estados? No me refiero a Idomeneo, sino a Adrasto, rey de los dannios. Este pérfido monarca va a caer sobre nosotros, y nosotros hemos de aprestarnos a la defensa. Siendo tú, Idomeneo, rey de una de las ciudades de Hesperia, te interesa tanto como a nosotros sujetar el desenfreno de Adrasto. Unámonos, pues, para combatir.

Idomeneo iba a contestar afirmativamente, por parecerle muy justa la demanda; pero Mentor, haciéndole una seña, se adelantó a él.

—Idomeneo—dijo—ha prometido a Telémaco desbrozar a la Itaca de los que la mal gobiernan aprovechando la ausencia de Ulises. Por lo tanto, necesita sus ejércitos para esta gran empresa. El rey de Salento, no obstante, quiere daros una muestra de alianza y enviará con vosotros al propio Telémaco a la cabeza de un puñado de hombres.

No podía comprender Idomeneo qué había movido a Mentor a concebir aquellos planes, pero hizo suyas las palabras del sabio, considerando que nada de lo que éste dijera o hiciese podía perjudicar a él ni a su reino.

Fuése, pues, Telémaco con los caudillos, al mando de un puñado de valientes, y entonces Mentor explicó a Idomeneo:

—Enviando todas tus tropas a la guerra contra Adrasto, hubieras demostrado la pequeñez de tu naciente pueblo, cosa que siempre es conveniente ocultar. Por otra parte, tus hombres hacen falta aquí para que la ciudad siga desarrollándose. ¿Comprendes aho-

ra por qué he dado esa excusa a los caudillos de tu vecindad?

—Comprendo, sabio Mentor, y agradezco el bien que me estás haciendo constantemente.

—Pues aun te haré mucho más. Permaneceré aquí hasta que vuelva Telémaco, con objeto de ayudarte a convertir este pequeño pueblo en una gran ciudad.

En efecto, Mentor recorrió y examinó todo el pueblo detenidamente, hizo a Idomeneo múltiples preguntas acerca de sus navíos, de lo que producía la tierra, de sus posibilidades comerciales y una vez estuvo enterado de lo que a la sazón era Salento, dijo al rey:

—Debes castigar severamente las quiebras en los negocios, pues aunque éstas no siempre sean hijas de la mala fe, nunca van separadas de la temeridad. Establece magistrados a los que los comerciantes den cuenta detallada de sus gastos y beneficios. En vez de gravar el comercio con impuestos, premia al mercader que atraiga al mayor número de traficantes extranjeros. Sé hospitalario con todo el comerciante que venga de fuera. Así,

pronto tu puerto se verá visitado frecuentemente por ellos y no olvides que comercio y riqueza van siempre unidos. Prohibe que se introduzcan en Salento objetos de lujo para no fomentar la molicie. Si premias las buenas acciones, pronto verás practicada con frecuencia la virtud. Fomenta también la sobriedad en las comidas y la sencillez en el vestir. No permitas la fastuosidad y la magnificencia en los edificios de los particulares. Magníficos sólo deben ser los templos. También debes construir un gran circo donde se celebren carreras de caballos y toda clase de ejercicios atléticos, los cuales fortalecen el espíritu y el cuerpo de la juventud. Reparte las tierras incultas entre los que no tienen aptitudes para la industria ni para el comercio. Rebaja los impuestos a los pobres con el fin de que éstos puedan casarse y aumentar la población de la ciudad. Los reyes codiciosos y faltos de inteligencia, cuidan únicamente de cargar de impuestos a los vasallos cuya pericia les permite obtener grandes rendimientos en su comercio o en su industria, descartando de tales deberes a aquellos que se ha-

llan en la indigencia. Ello equivale a fomentar el vicio y la ineptitud. Tú, por el contrario, debes gravar a aquellos a quienes la indolencia no les permite ni siquiera sacar producto a las tierras que se les da en arriendo, librando, a modo de premio, de tales contribuciones a los que a fuerza de celo logran hacer fortuna. Evita el uso excesivo del vino. Si han plantado muchas viñas que las arranquen. Comienza tú por dar el ejemplo no bebiendo más que agua. Establece escuelas públicas y haz obligatoria la asistencia a ellas de los niños, y en esas escuelas, que maestros inteligentes y bondadosos enseñen a los alumnos el temor de los dioses, el amor a la patria y el respeto a las leyes. En vez de procurar enriquecerte tú, procura enriquecer a tus súbditoe. En ello hallarás la verdadera riqueza y la verdadera felicidad, pues te aseguro, Idomeneo, que no hay gloria mayor que la de sembrar el bien en torno nuestro, la de crear un pueblo laborioso y sano.

Obedeció Idomeneo al sabio Mentor y pronto Salento se convirtió en la ciudad más concurrida de la Hesperia. De todas partes co-

menzaron a llegar traficantes y excelentes obreros y agricultores, que se quedaban en Salento para trabajar.

Aumentaron los matrimonios y aumentó la población. La inteligencia y el esfuerzo humano rendía sus frutos, cada vez más abundantes.

Entonces se convenció Idomeneo de que para un rey no había placer comparable al de ser amado por sus súbditos.

Y un día hizo la siguiente confesión a Mentor, su sabio y generoso amigo:

«—En mi juventud tuve dos grandes camaradas. Protesilao y Filocles. Aquél me adulaba constantemente, y éste, en cambio, no cesaba de hacerme reproches por los defectos que veía en mí.

»La sinceridad de Filocles me agradaba y le escuchaba siempre con gusto, pero Protesilao me fué poco a poco convenciendo de que la amistad con Filocles me perjudicaba y llegaría a crearme múltiples conflictos. Decía que del mismo modo que me hablaba a mí hablaría a los demás, sembrando por doquier el descrédito de mi persona. Según Protesilao,

Filocles no pretendía otra cosa que destronarme para ocupar mi puesto él.

»En un principio, no podía creer que en Filocles se encerrara tanta maldad, pero su insistencia en poner de relieve mis defectos y la constancia de Protesilao en hacer resaltar esta circunstancia a mis ojos, concluyeron por alzar en mi espíritu el fantasma de la duda.

»Para acabar de convencerme, Protesilao concibió un ardid que al punto puso en práctica. Me aconsejó diese a Filocles el mando de los bajeles que habían de ir a guerrear con los de Carpacia. «Pese a todos sus defectos— »dijo—reconozco que para la guerra no tie»ne rival, y mi nobleza me obliga a confe»sarlo.»

»Quedé encantado al ver tanta rectitud y equidad en el corazón de Protesilao y le abracé conmovido.

»Al partir, Filocles previó lo que podía suceder y me dijo: «Pensad que yo no podré »defenderme, que sólo escucharéis a mi ene»migo y que, mientras por serviros voy a ex»poner mi vida, acaso no halle otra recom-

»pensa que vuestra indignación». Yo procuré tranquilizarle y partió, obteniendo fácilmente una magnífica victoria y desembarcando en la isla de Carpacia para recoger los frutos de su éxito.

»Protesilao era amigo de uno de mis criados, llamado Timocrates, ser tan corrompido como él y con el cual estaba muy de acuerdo, a pesar de que aparentaba ser enemigo suyo.

»Por orden de Protesilao, este criado me dijo: «Filocles trata de sorprender vuestra »buena fe haciéndose rey de la isla de Carpa»cia. He aquí la carta que ha escrito a uno de »sus amigos».

»En la carta decía Filocles lo que ya me había dicho Timocrates. La letra había sido perfectamente imitada por Protesilao, pero yo no supe ver la falsificación y caí en la celada.

»Irritado contra lo que yo creía hipocresía de Filocles, envié a Timocrates a Carpacia, con la orden de que asesinara al traidor, nombrando en su lugar jefe de la armada a Polímenes.

»Cuando Timocrates llegó a Carpacia, se

halló ante el gran problema de asesinar a un hombre al que todo el mundo quería.

»Por eso, en un instante propicio, le manifestó:

»—Deseo hablar a solas con vos, Filocles.

»Filocles le condujo a una habitación, donde se encerró con él, y entonces trató de agredirle Timocrates por la espalda.

»Pero Filocles, que es tan fuerte y valiente como honrado, pudo evitar el golpe traidor, desarmando a Timocrates fácilmente.

»Cuando le tuvo a merced suya no le agredió, sino que con tono suave le hizo la siguiente pregunta:

»—¿Por qué has hecho eso, Timocrates?

»El cobarde se apresuró a enseñarle la carta en que yo le daba la orden de asesinato, autorizándole al mismo tiempo para que nombrara jefe de la armada a Polímenes, y entonces Filocles, amargado y desengañado, dejó los bajeles al mando de su segundo y se fué a la solitaria isla de Samos, donde aun habita.

»No tardé mucho en convencerme de que tanto Protesilao como Timocrates eran unos

pérfidos, pero no hallé la forma de deshacerme de ellos, de tal manera se habían mezclados en los asuntos de mi reinado.

»Cuando me vi precisado a huir de Creta, también hubieron de partir esos malvados, pues el pueblo les consideraba como miembros de mi propia persona.

»¿Qué mejor podían hacer que acompañarme adonde yo fuera?

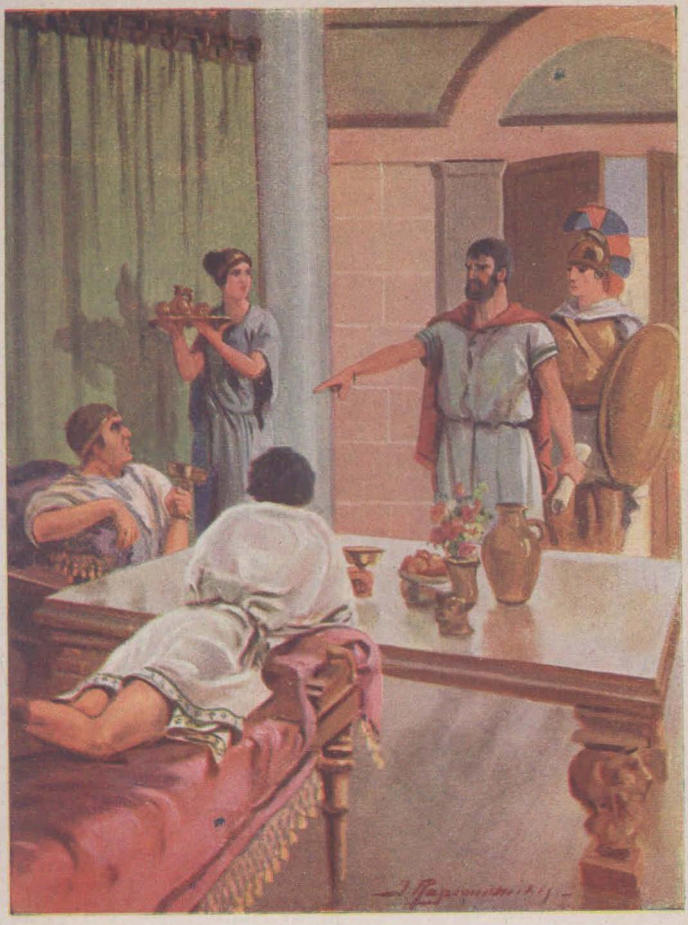
»Viniéronse, pues, aquí y continúan atormentándome con sus manejos indignos.

»Sin embargo, un gran cambio se ha experimentado en ellos. Convencidos de que desde que tú has llegado nada pueden hacer por disuadirme de mis propósitos, su imperio se ha trocado en servilismo y no cesan de hacerme alabanzas de ti para que tú no les castigues como merecen.»

Así habló Idomeneo y Mentor, que le había escuchado sin interrumpirle, repuso:

—Inmediatamente, enviarás a Timocrates y a Protesilao a la isla de Samos, haciendo venir a Filocles para darle la recompensa que merece por su honradez.

No vaciló Idomeneo en obedecer a Mentor,



—Dáos preso en nombre del rey.

y al punto dió orden a uno de sus principales ministros de que prendiera a Protesilao y a Timocrates, conduciéndolos a la isla de Samos, de donde regresaría en compañía de Filocles.

El ministro se dirigió primero a casa de Protesilao y le sorprendió en plena orgía.

Con el tono severo que requería su cargo, dijo:

—Daos preso en nombre del Rey.

Protesilao trató de protestar primero y después se arrojó a las plantas del ministro, suplicándole con lágrimas en los ojos que convenciera al rey de que debía perdonarle.

Pero el ministro ordenó a sus soldados que le ataran codo con codo, y, después de hacer lo mismo con Timocrates, partió con ambos hacia la isla de Samos, donde los abandonó.

Antes de emprender el regreso fué en busca de Filocles y le halló en la entrada de una gruta, con un montón de libros al lado y vestido con pieles de animales salvajes.

Al ver Filocles al ministro lo reconoció al punto y se fué hacia él, abrazándole cariñosamente.

Mas al saber los propósitos de Idomeneo, dijo:

—No, amigo mío. No saldré de aquí, a pesar de que agradezco en el alma la atención de nuestro rey. Yo no me moveré de esta isla solitaria donde mi vida se desliza tan apaciblemente. Me alimento de frutas y bebo el agua de los arroyos. Mis vestidos consisten en estas sencillas pieles y mi distracción en la lectura de estos libros. Regresa solo, amigo mío, y di a Idomeneo que agradezco mucho sus bondades y celebro el éxito que ha obtenido como fundador de la ciudad de Salento.

Mucho contrarió al ministro la decisión de Filocles y, con el propósito de persuadirle de que le acompañara a Salento expuso todas las razones que su ingenio le dictaba.

Por fin, halló un argumento de fuerza.

—Jamás pude imaginar, Filocles, que cupiera en tu pecho el rencor y la venganza.

—Ninguno de esos sentimientos conturban mi alma.

—Difícil me será convencer de ello a nuestro rey. El sabe muy bien que ha sido injusto contigo y creerá que sólo pretendes ven-

garte de él, rechazando su mano cuando te la tiende con un gesto sinceramente amistoso.

—Siendo así, volveré al lado de Idomeneo. No podría sufrir que imaginara cupieran en mi corazón sentimientos tan mezquinos.

Y partieron en el bajel, dejando a Protesilao y a Timocrates en la isla.

El rey le recibió con todos los honores, y aunque la modestia de Filocles estaba en pugna con aquellas ruidosas muestras de simpatía, vióse precisado a aceptar la cena con que Idomeneo quiso celebrar su llegada.

Pronto fueron grandes amigos Filocles y Mentor y en ambos depositó Idomeneo toda su confianza, no dictando una ley ni tomando determinación ninguna sin antes consultar con ellos.

He aquí cómo Mentor convirtió en gran ciudad a una pequeña colonia, lo que dejaría asombrado a Telémaco cuando regresara de su campaña.

VII

EL GALLARDO PALADÍN

ENTRE los reyes confederados para atacar a Adrasto figuraba Falante, de la ciudad de Tarento, una de las más poderosas de la Hesperia.

Los tarentinos eran egoístas, bárbaros, feroces y más semejaban una legión de bandidos que una colonia de griegos.

Falante, celoso de la juventud y del brillo de Telémaco, le contradecía en los consejos y buscaba constantemente el modo de herirle. Telémaco, demasiado joven para saber contener sus ímpetus, pagaba a Falante en la misma moneda.

Y esto dió origen a un incidente lamentable.

Cierto día hizo Telémaco algunos prisioneros y Falante aseguró le pertenecían a él por haber sido el que derrotara a los soldados rivales, al frente de su ejército.

Por su parte, sostenía Telémaco ser el vencedor de los dannios por haber impedido que éstos derrotaran a Falante.

En el calor de la discusión, a Telémaco se le escaparon unas palabras justas pero ofensivas.

Al instante hubieran reñido, de no estar presentes otros reyes que se apresuraron a intervenir.

Tenía Falante un hermano llamado Hipías, célebre en todo el ejército por su fuerza, su destreza y su valor. Todos le temían y él abusaba de su fuerza provocando riñas constantemente.

Enterado de lo que había acontecido entre Telémaco y su hermano Falante, se dirigió sin vacilar adonde se hallaban los prisioneros, y se apoderó de ellos para conducirlos al campo de los tarentinos.

Enterado de ello Telémaco, empuñó su espada, montó en su corcel y se fué al encuen-

—¡Detente... infame!

tro de Hipías y cortándole el paso cuando ya estaba a medio camino de Talento, exclamó:

—¡Detente, infame! No podrás arrebatarme a los prisioneros que me pertenecen. No los conducirás a Tarento.

Inmediatamente, saltó del caballo y lo mismo hizo Hipías. Telémaco acometió a su rival con la espada, mas éste, confiando en su fuerza, trató de arrebatarle el acero en vez de desnudar el suyo.

Se rompió la espada cual si fuera de cristal y ambos contendientes se vieron sin otras armas que sus brazos.

El poderoso Hipías, rodeó con los suyos el cuerpo de Telémaco y comenzó a apretar, a apretar hasta que el rostro del joven fué congestionándose, pareciendo iba a dar un estallido.

Ya iba a ser vencido el hijo de Ulises cuando, mediante un desesperado esfuerzo, logró apoyar un brazo sobre el pecho de Hipías, y, rodeándole con el otro la cintura, le hizo caer de espaldas.

En este momento, llegó Falante, que había salido en persecución de Telémaco, y habríale

clavado la espada a no ser porque el joven estaba estrechamente abrazado a Hipías y el acero habría podido herir al hermano en vez de al enemigo.

Telémaco, al ver vencido a Hipías, se dió cuenta de lo inadecuadamente que se había conducido contendiendo con el hermano de un rey. Se avergonzó de su arrebato y, cuando habría podido dar muerte al contrincante, ayudó a éste a que se levantara, perdonándole la vida.

—Me arrepiento de mi arrebato, Hipías— dijo—. Hacemos mal en perder el tiempo en estas luchas fratricidas cuando todo nuestro esfuerzo debe condensarse para hacer frente a los dannios.

Hipías, avergonzado de la derrota, ni contestó siquiera.

Falante, asombrado de la generosidad de Telémaco, no se atrevió a herirle.

Entre tanto, habían llegado al lugar del incidente los demás reyes confederados, tratando en el acto de remediar la discordia que separaba a Telémaco de Falante e Hipías.

Mas fué inútil. El rey de Tarento y su ven-

cido hermano sentían demasiado arraigada en su pecho la humillación para perdonar al gallardo joven, el cual se apresuró a regresar a su tienda, donde se encerró para entregarse a su arrepentimiento.

Por la noche acordaron los reyes aplazar el ataque que tenían preparado para el siguiente día, hasta que Falante y su hermano hicieran las paces con Telémaco.

Pero pasó toda la noche y todo el día siguiente sin que los reyes lograran que Falante perdonara a Telémaco.

Esta dilación en los planes de guerra originó una incidencia lamentable.

Entre las tropas de Néstor, uno de los reyes confederados, figuraba un jefe de tan escasa conciencia como excesiva avaricia.

Llamábase Eurimaco y había sabido, por medio de las peores artes, granjearse la confianza de Néstor.

¿Con qué intención procuró intimar con su rey? Había llegado a sus oídos que Adrasto, el caudillo enemigo, pagaba espléndidamente a los espías y no vaciló en presentarse a él para ofrecerle sus servicios.

Adrasto, al saber que un jefe de los ejércitos confederados se le ofrecía como espía, recibió una alegría inmensa y, haciéndole entrar en su palacio, le ofreció una crecida suma por cada buen informe que le diera.

Eurímaco se puso en seguida de acuerdo con dos o tres soldados tan escasos de conciencia como él y desde aquel día no cesó de enviar mensajes a Adrasto.

Cuando se enteró de lo ocurrido entre Telémaco e Hipías, concibió el propósito de comunicárselo al rey enemigo y un día después, al advertir el trastorno que la contienda había producido a las tropas, ya no vaciló en enviar a un mensajero.

El terrible Adrasto se frotó las manos lleno de júbilo al saber el estado de confusión en que se hallaba el enemigo, y, aquella misma noche, formó sus ejércitos y los condujo al campo de los confederados, pero dando un gran rodeo por detrás de un grupo de montañas para sorprender al enemigo por la espalpalda.

He aquí la obra de un hombre malo, sin

honor ni dignidad guerreras, feroz, pero sin valentía; rey, pero sin majestad.

El primer punto del campo que atacó Adrasto fué el que ocupaban los tarentinos.

Estos, especialmente conmocionados por el reciente lance ocurrido entre Telémaco e Hipías, no pudieron hacer cosa mejor que huir ante el ataque desordenado del enemigo.

Por primera providencia, ordenó Adrasto que prendieran fuego al campamento y pronto las llamas se comunicaron a los bosques vecinos, sembrando el pánico y el desconcierto entre los ejércitos confederados.

Y delante de las llamas, corre Adrasto segando vidas y regando la tierra de sangre.

Falante comprende al punto que todo intento de defensa es inútil y que únicamente hay que cuidarse de huir del lengüetazo mortal del incendio.

Por eso corre al lado de Hipías delante de los fugitivos.

—¡Al río, al río!—exclama Falante—. Allí quedará cortado el incendio y nos podremos defender.

Y llegan al río, el cual les permite pasar a la otra orilla, pues su caudal es escaso.

Una vez fuera del peligro de las llamas, detiénese Hipías y dice:

—No pasaré de aquí. Quiero que Adrasto halle en mí una barrera.

Y espera a pie firme el ataque del enemigo.

Falante, al ver la bravura de su hermano, ordena se detengan las tropas y hagan frente a los soldados de Adrasto.

Como un solo hombre los ejércitos de Tarento se forman en la orilla del río y preparan sus arcos.

De los centenares de cabezas, sobresale el busto fornido de Hipías.

De súbito aparece la masa enemiga por las selvas de la otra orilla del río.

Y la batalla se entabla rápidamente.

Ruge Hipías, ruge Falante animando a su gente. Pero el enemigo es tan numeroso, que una lluvia de flechas cae sobre los tarentinos, segando vidas a centenares.

Quiere Hipías conservar la entereza de sus

hombres, mas ya no es posible. La desmoralización cunde.

Enfurecido el hércules por esta causa, avanza a la vanguardia cuando las tropas comienzan a retirarse y recibe un flechazo, dos, tres, que dan con él en el suelo.

Falante quiere acudir en auxilio de su hermano, pero ya las tropas enemigas cruzan el río y ello le obliga a retroceder.

Entre tanto, el calor del incendio y el fragor del combate ponen sobre aviso a todas las tropas confederadas que se hallan dispersas por diversos campamentos.

Telémaco, que desde el desdichado incidente con Hipías no ha salido de su tienda se yergue al oír el fragor infernal.

Se asoma a la puerta de su tienda y todo lo comprende al ver el resplandor y el humo del incendio.

Viste sus armas al punto, monta en su caballo y corre hacia el sitio de donde llegan los gritos de guerra y los alaridos de dolor.

Cuando a sus ojos se presenta el lugar donde se ha entablado el combate, ve que Falan-

te, junto al cadáver de Hipías, pelea con diez, con veinte a un mismo tiempo.

¿Qué extraño vigor anima el brazo y la mirada de Telémaco?

Allá va su caballo arrojando espumarajos por la boca. El joven guerrero hace vibrar terriblemente su espada. Y es tan briosa, tan tremenda su acometida, que las tropas de Adrasto, y éste, especialmente, se desconciertan.

En un instante, los veinte soldados que rodean a Falante quedan tendidos en el suelo. Pero también el hermano de Hipías cae herido.

Telémaco descubre la figura del feroz Adrasto entre el ejército enemigo y se dirige hacia él al galope tendido de su caballo.

Pero cien soldados rodean a su rey y el joven paladín ha de entablar dura lucha antes de llegar al monstruo.

Uno, diez, viente hombres caen a los golpes certeros de Telémaco, pero, entre tanto, Adrasto se da a la fuga.

Se cierne la noche sobre el Mundo y sus sombras facilitan la huída del infame, al que

siguen sus desmoralizados y castigados ejércitos.

Se va extinguiendo el incendio.

El joven paladín regresa al campo de los aliados entre aclamaciones de triunfo.

VIII

NUEVA HAZAÑA DEL HÉROE

Lo primero que hizo Telémaco cuando se convenció de que el enemigo no volvería sobre el campo de los aliados fué apoderarse del cuerpo exámine de Falante, conduciéndolo a su propia tienda, donde le cuidó y curó sus heridas como no lo habría hecho su propio hermano.

Felizmente, las heridas del rey de Tarento no eran mortales y sanó pronto.

Una gran tristeza se apoderó de Falante al verse curado y pensar que Hipías había muerto.

Pero se consoló cuando supo que se le había dado sepultura con toda pompa.

Al saber que fué Telémaco el organizador

de la ceremonia fúnebre, la gratitud y la emoción de Falento fueron tan grandes, que dirigióse en busca del héroe y le dijo:

—¡Oh, Telémaco! Tu bondad me ha hecho bueno a mí. Ahora comprendo mis pasados errores. Perdóname y terminen para siempre las discordias entre nosotros.

—Gran honor es para mí esta amistad que me brindas, ¡oh, Falento!, y que yo hace tiempo deseaba conquistar. Eres tú el que has de perdonar mis errores. Y, como advierto que me los perdonas, olvidemos todo lo pasado y unamos nuestros esfuerzos para triunfar en el porvenir.

Aquel mismo día, que era el primero que Falante abandonara su lecho, reuniéronse los reyes confederados y los principales jefes de las tropas para debatir acerca de los nuevos planes de guerra.

Entre tanto, Adrasto, en su campamento, maldecía de su suerte por la derrota sufrida.

Su odio se dirigía especialmente contra Telémaco.

La figura gallarda del joven paladín llená-

bale de envidia y de cólera, permaneciendo día y noche en su imaginación.

Al fin, no pudiendo resistir por más tiempo al imperio de su maldad, llamó a uno de sus criados de confianza, cuyo nombre era Acante y le dijo:

—Ve al campo de los aliados y procura dar muerte a todos los reyes y a Telémaco. Ingéniatelas como puedas para cumplir esta orden y, si lo consigues, te daré tantas riquezas que podrás vivir con lujo durante el resto de tus días.

En seguida partió Acante y cuando divisó el campo aliado, se destrozó las ropas y se arañó la cara y las manos.

Su aspecto así era tan lamentable que los centinelas no le dieron ni siquiera el alto al verle llegar.

Esperaron a que se aproximara y sólo entonces le preguntaron qué objeto le traía al campamento de los reyes confederados.

—Deseo ver a Telémaco—repuso Acante—. Hasta ahora he sido enemigo vuestro, pero desde hoy me paso a vuestras filas. Ved cuán lamentable es mi estado y compade-

ceos de mí. Registradme si os infundo la menor sospecha.

Los centinelas, fieles cumplidores de su deber, le hicieron un detenido registro y, al comprobar que nada llevaba en el cuerpo más que las ropas con que se cubría, le condujeron a la tienda de Telémaco.

Este le recibió cordialmente y le invitó a que reposara y le dijera todo cuanto deseara decirle.

Y Acante comenzó a hablar de este modo:

—Hasta hoy he sido súbdito de Adrasto, lo cual equivale a ser mártir de un monstruo. Contempla estas heridas. Ha sido Adrasto el que me las ha causado. Por diversión me hacía azotar frecuentemente y me sometía a las más horrendas torturas. Por fin, no he podido seguir sorportando tanta crueldad y he decidido venir aquí, en busca tuya, porque sé cuán generoso eres. La fama de tus hazañas ha llegado a nuestro campamento.

El alma noble de Telémaco conmovióse ante este relato que creyó sincero y protegió sin vacilar a Acante, haciéndole criado suyo.

El pérfido súbdito de Adrasto se frotó las

manos alegremente, pero no quiso obrar con precipitación y en tanto buscaba el medio de dar muerte al hijo de Ulises, sobornó a un soldado de Eurímaco y lo envió al campo enemigo con la orden de que diera a Adrasto detallada cuenta de cómo marchaban las cosas.

Arión se llamaba el traidor y, siguiendo los consejos de Acante, esperó a que fuera de noche para poner en práctica su peligrosa empresa.

Cuando el cielo se cubrió de astros y las tinieblas cayeron sobre la campiña, salió Arión del campo de los aliados deslizándose furtivamente.

Ya se consideraba a salvo de la vigilancia de los centinelas cuando una voz surgida de no sabía dónde, le obligó a detenerse.

Era cobarde y el terror heló la sangre en sus venas.

El centinela, que seguramente le había visto, al advertir que nadie respondía, dió la voz de alarma y más de diez soldados se precipitaron hacia el punto donde hallábase agazapado Arión.

—Es un traidor.

—Es un espía.

—Dadle muerte en el acto.

Estas y otras voces semejantes oyó el mensajero en labios de quienes le habían hecho prisionero.

Quiso mentir, pero su misma cobardía se lo impidió y, precipitadamente, con el azoramiento del que ve perdida su vida, explicó que Acante le había sobornado, esperando que toda la culpa recayera sobre éste.

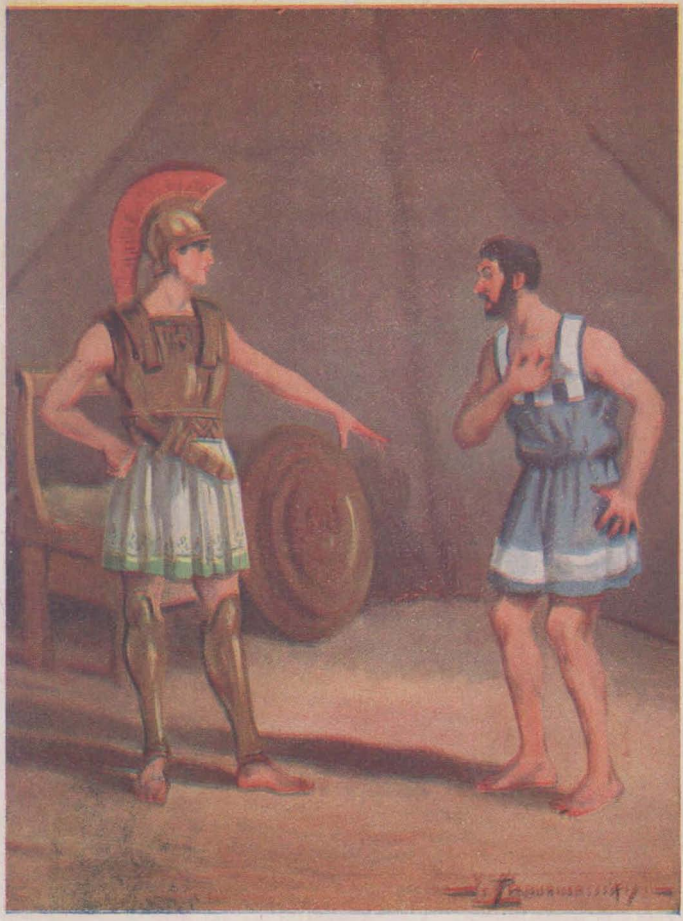
Fué conducido el prisionero a presencia de Néstor, uno de los reyes confederados, y éste, al enterarse de lo que ocurría, mandó llamar a Telémaco.

Muy sorprendido quedó el hijo de Ulises al saber la traición de que le hiciera víctima su propia confianza, pero al recomendarle Néstor que decretara en el acto la muerte de Acante, el arrogante paladín repuso:

—No, Néstor. No castigaré a Acante sin antes haber escuchado su propia confesión.

Y se dirigió a su tienda, donde estrechó a preguntas al presunto espía.

Acante, menos cobarde que Arión, supo



defenderse, pero no con tanto acierto que las dudas de Telémaco se disiparan.

Y el paladín, con objeto de aclarar el misterio de una vez, tuvo una genial ocurrencia que al punto puso en práctica.

—Dame tu sortija—dijo a Acante—. La enviaré a Adrasto con uno de mis soldados más astutos y éste dirá que va en tu nombre. La conversación que el mensajero sostenga con tu rey nos dirá bien claro si eres un enviado suyo o un fugitivo.

Al oír estas palabras, Acante se puso densamente pálido y, convencido de que no tenía escape posible, confesó toda la verdad.

Los reyes confederados quisieron darle muerte antes de que amaneciera, pero Telémaco dijo:

—Bastante sangre ha corrido a causa de la guerra. No aumentemos el duelo del mundo con una muerte más. Enviemos a Acante a una isla solitaria, que el destierro es siempre buen castigo.

Y los reyes no se atrevieron a contradecirle.

Este rasgo de generosidad conmovió tan

profundamente a Acante, que lloró de arrepentimiento y aceptó con resignación aquel destierro que consideraba un castigo demasiado leve para su gran falta.

* * *

Días después presentóse otro súbdito de Adrasto en la tienda de Telémaco. Este llevaba la ferocidad y la decisión reflejadas en el rostro.

—Vengo—dijo—a hacerte a ti y a los reyes confederados una proposición. Deseo dar muerte a Adrasto. Lo lograré fácilmente porque tengo entrada libre en su tienda y lo haré si me pagáis bien este servicio.

—¿Cuál es la causa de tu odio?—preguntóle Telémaco.

—Muchas, muchísimas—repuso el insurrecto—. Tantas que necesitaría un día entero para enumerarlas. Bien sabes hasta dónde llega su perfidia.

Quedó Telémaco un instante pensativo y

resolvió al fin dar cuenta del suceso a los reyes confederados.

Les envió, pues, un aviso, y, una vez estuvieron presentes, les manifestó:

—He aquí un traidor a su rey. Dice poder asesinar fácilmente a Adrasto y estar dispuesto a hacerlo si le prometemos una recompensa. ¿Qué recompensa creéis vosotros que se le puede dar?

—Un cargo de ministro a nuestro lado—repuso un rey.

—Un palacio y dinero para vivir en él toda su vida—apuntó otro.

—El mando de una de las provincias que conquistemos—opinó un tercero.

—Mi opinión no concuerda con la vuestra —dijo entonces Telémaco—. Yo creo que debemos enviarlo a Adrasto, atado codo con codo para que le dé el castigo que merece por su traición.

Todos los reyes contemplaron a Telémaco con estupefacción y el fugitivo con sorpresa y cólera.

—La muerte de Adrasto nos asegura la victoria—dijeron los reyes.

—Menguada victoria la que ha de basarse en una traición. ¿Qué concepto os merecería uno de vuestros soldados si os traicionara de esta forma?

—Le mandaríamos matar en el acto por vil e infame.

—Le detestaríamos como a un inmundo reptil.

—Si así castigaríais al que traiciona a su rey, ¿por qué queréis recompensar a este traidor? ¿No equivaldría ello a dar un mal ejemplo a vuestros súbditos? Si traicionar a un monarca—pensaría más de uno—es acción tan meritoria que merece las más altas recompensas, voy a traicionar al mío.

El fugitivo apretó los puños con rabia y todos los reyes se miraron unos a otros admirados de la gran verdad que encerraban las palabras de Telémaco.

Néstor interpretó el pensamiento de los demás monarcas.

—Haz con tu prisionero lo que gustes. Estamos convencidos de que obrarás con más acierto que nosotros.

Y Telémaco ordenó fuera atado codo con

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

codo y conducido a su rey, al que se pondría al corriente de lo ocurrido para que diera al traidor el castigo pertinente.

Así procedía Telémaco con los traidores.

* * *

Cuando Adrasto recibió al insurrecto y conoció la acción del hijo de Ulises, quedó asombrado de tanta bondad y aterrado al pensar lo que habría podido ocurrirle de ser Telémaco tan pérfido como él.

Al punto fué sometido el traidor a los más duros castigos y todo un día estuvo dando vueltas por la mente de Adrasto el proceder incomprensible de Telémaco.

Al fin la admiración se troca en envidia y llama a su tienda a los principales jefes, a quienes simplemente dice:

—Esta madrugada, cuando los ejércitos aliados se hallen aún entregados al reposo, caeremos sobre ellos. Preparad a los soldados y decidles que a todo aquel que dé muerte a

uno de los reyes enemigos tendrá el mando de una provincia de la Hesperia.

Todo el ejército se pone al punto en movimiento. Es de noche y la luna esmalta los campos. Centellean las armaduras. Y, de boca en boca, corre la noticia feroz.

—El que mate a un rey tendrá el mando de una provincia de la Hesperia.

Después de una noche de trajín, el ejército, con Adrasto a la cabeza, se pone en marcha. Una tenue claridad gris asoma por el punto del horizonte que las tropas de Adrasto dejan a su espalda. Pero, en la espesura de la selva, reina aún la más profunda sombra y en los cielos occidentales permanecen temblando las estrellas.

Ya llegan al campamento de los confederados. Una orden discreta surge de los labios del rey y el mandato pasa de boca en boca como un susurro.

—Silencio... silencio.

Una oleada de cautela parece volar sobre el ejército y el campo. No se oye el ruido de una espada. En vez de andar, dijérase que aquellas tropas se deslizan.

Así pueden sorprender al enemigo indefenso. Una cortina de flechas ennegrece la ligera claridad del naciente día y en un instante el campo de los aliados se convierte en un infierno.

Los reyes se apresuran a dar las oportunas órdenes, pero éstas no son obedecidas, a causa del desconcierto que reina entre los ejércitos de la Hesperia.

Y Adrasto avanza a la cabeza de sus tropas haciendo retroceder desordenadamente al enemigo.

Otra vez Telémaco es interrumpido en su reposo por bélica algarabía y otra vez se asoma a la puerta de su aislada tienda, dándose cuenta del peligro en que se hallan los suyos.

Con esa agilidad propia de los miembros ejercitados y jóvenes viste sus armas y salta sobre su caballo.

Toda prudencia ha desaparecido del corazón del paladín. Ve a los aliados fugitivos, ve a Adrasto triunfante sobre su corcel y sólo piensa en darle muerte.

El caballo del joven guerrero es ligero como el huracán y llega en pocos segundos a la

colina donde los aliados tratan en vano de hacer frente al enemigo.

Todos, al verle, exclaman llenos de confianza y admiración:

—¡Es Telémaco! ¡Es Telémaco!

Y el joven sigue avanzando, indiferente a los centenares de flechas que pasan silbando a ras de su cuerpo.

¿Hacia dónde va? ¿Hacia la muerte? ¿Hacia el suicidio? No, hacia Adrasto. Tiene los ojos fijos en él, y hay tal fuego en su mirada que el rey enemigo detiene a su caballo.

Los más bravos guerreros de su ejército rodean al monarca, pero no por eso vacila el joven. Sigue avanzando con la rapidez de un dardo lanzado por mano poderosa.

Un instante después se confunde con el enemigo, y Adrasto, Telémaco y los que les rodean se convierten en una masa que ruge y se agita.

Poco a poco, los soldados van cayendo y se va precisando la figura del arrogante luchador, cuya espada gira frenéticamente.

Al fin queda solo con Adrasto y éste, al darse cuenta de ello trata de huir.

—¡Es Telémaco!...

Pero el corcel de Telémaco es ligero como el huracán y fácilmente le corta la retirada.

—¡Defiéndete, villano!—le dice.

Y Adrasto, pálido y tembloroso, levanta la espada.

Entonces Telémaco vuelve a exclamar:

—¡Muere, cobarde!

Y, tras una finta magistral, clava su espada en el pecho del rey infame.

Muerto Adrasto, trata Telémaco de continuar la lucha animando a las tropas aliadas, pero ve con asombro que el enemigo, como un solo hombre arroja sus armas y prorrumpe en exclamaciones de júbilo.

—¡Ha dado muerte al verdugo! ¡Somos libres! ¡Gloria al gran Telémaco, hijo de Ulises!

—¡¡Gloria!!

IX

NACE EL AMOR

DESPUÉS de tan brillante victoria, Telémaco no pensó sino en regresar a Salento para reunirse con Mentor y volver con él a Itaca.

Así lo hizo tan pronto como se hubieron pactado las condiciones de paz con los dannios.

Al llegar a Salento, Idomeneo, que tenía noticias de las hazañas del intrépido paladín, le hizo objeto de un caluroso homenaje.

Entró en Salento coronado de flores y rodeado por la población en masa.

Cuando, después de la fiesta pudo verse a solas con Mentor, le abrazó como si de su padre se tratara y le dijo con tanta emoción como gratitud:

—A ti te lo debo todo, ¡oh, Mentor! Aho-

ra, para ser feliz, sólo me resta volver a ver a mis padres. ¡Oh, si Ulises hubiera regresado a Itaca!

Antes de partir, quiso Mentor que Telémaco apreciara la transformación que se había operado en Salento y cuando el joven, maravillado, preguntó cómo había podido realizarse milagro tal, su sabio protector le dió explicación detallada de todo cuanto hiciera, concluyendo por decirle:

—Ten todo esto bien presente, hijo mío, por si algún día tú te ves en el trance de Idomeneo.

Después le dijo:

—Hemos de regresar a Itaca.

Y vió que Telémaco se entristecía.

—¿Por qué te entristeces? ¿No es tu más vivo deseo volver a ver a tus padres?

Pero Telémaco nada repuso.

Cuando Idomeneo se enteró de que sus huéspedes iban a partir, fué a Mentor para suplicarle no le dejara.

Pero Mentor repuso:

—Es fuerza que partamos, Idomeneo.

El rey de Salento, al verle tan decidido,

redujo su petición a que permanecieran a su lado un día más.

Concedida la gracia por parte de Mentor, comenzó los preparativos para poner en práctica un plan que inspirábale mucha confianza.

Durante la cena y la velada que diera en honor de Telémaco, había advertido que éste miraba a su hija Antíope con singular expresión.

Advirtió también que, terminado el festín, se despidieron con frases temblorosas que ponían de manifiesto su emoción y ello le bastó para cerciorarse de que Telémaco estaba enamorado de su hija Antíope.

De aquí que preparase para el día siguiente una gran cacería a la que invitó a su hija y a Telémaco.

Este nuevo encuentro, excitaría la pasión del joven y ello le movería a desear permanecer al lado de Antíope.

Esta se negó en un principio a asistir a la cacería, pues temía volver a ver al amado que pronto iba a abandonarla para siempre, pero Idomeneo se mostró inflexible en su mandato y la joven hubo de obedecer.

Al siguiente día montó un fogoso caballo cuando ya todos estaban dispuestos a partir, y marchó delante del cortejo.

Seguíala un ejército de doncellas, mas ella resaltaba de todas como una Diana, por su belleza excepcional.

Al verla, Telémaco se sintió embargado de una emoción nunca sentida y espoleó a su caballo para seguirla de cerca.

Al llegar a lo más espeso de los bosques, se presentó a los ojos de los cazadores un feroz jabalí.

Sus bufidos, semejaban embates de furioso huracán, y con su colmillo terrible destrozaba a los perros que osaban acercarse a él y los troncos que se presentaban a su paso.

Los más bravos jinetes temían darle caza, pero no así Antíope, la cual le perseguía con sorprendente ligereza.

El animal se detuvo de pronto e hizo frente a la cazadora, mas ésta, impasible, le arrojó un dardo que se clavó en el lomo de la fiera.

Al sentirse herido, cegó el dolor y la ira al

Al sentirse herido, cegó...

jabalí, y acometió al caballo de Antíope, dando en el suelo con ambos.

La hija de Idomeneo cayó tan cerca de la fiera que habría bastado a ésta dar dos pasos para destrozarla. Y ya lo iba a hacer, cuando Telémaco, saltando ligeramente de su caballo, se interpuso entre Antíope y el terrible animal y clavó un certero dardo en el corazón de éste.

Muerto el jabalí, ayudó a Antíope a que se levantara, y cortando después la cabeza del exánime animal, se la ofreció a la princesa galantemente.

Vaciló Antíope entre aceptar o no la ofrenda, volvió los ojos a su padre, el cual había corrido a su lado, y como éste le hiciera seña de que aceptase, tendió ambas manos, diciendo:

—Recibo de vos, llena de gratitud, otro don más grande, pues os debo la vida.

Telémaco, con voz emocionada, repuso:

—Dichoso yo que he podido conservar vida tan preciosa, pero mucho más venturoso sería aún si lograra el favor de permanecer a vuestro lado eternamente.

Se ruborizó la princesa y nada dijo. Se limitó a montar ligeramente en su caballo y a emprender el regreso a la cabeza de los cazadores.

Se felicitó Idomeneo del resultado de la cacería, y Telémaco fué en busca de Mentor, al que dijo:

—¡Oh, Mentor! Quedémonos en Salento. Una gran fuerza sujeta aquí mi corazón. Amo profundamente a la hija de Idomeneo. Pero mi amor hacia ella no tiene semejanza ninguna con la pasión que me cegó en la isla de Calipso. Este amor es puro y verdadero. Deseo unirme a Antíope de por vida para constituir con ella un hogar en el que la paz y la dicha no falten nunca. ¡Oh, Mentor! No despedaces mi corazón obligándome a partir.

Mentor puso las manos en los hombros de Telémaco y repuso:

—Claramente advierto que tu amor de ahora está muy lejos de toda impureza y yo soy el primero en animarte a pedir la mano de doncella tan honesta como Antíope. Pero aho-

ra es preciso que regresemos a Itaca. Ya volverás. Ve a decírselo así a tu amada princesa.

Obedeció Telémaco y cuando logró llegar al lado de Antíope le dijo:

—Os amo, Antíope. Bien claro lo habéis visto en mis ojos desde que regresé a Salento. Decidme vos que me amáis también. Decídmelo y me consideraré el hombre más feliz de la Tierra.

—Vais a partir—repuso Antíope tristemente.

—Pero regresaré, amada mía. Os lo aseguro. Sólo voy a Itaca para ver a mi madre y por si la fortuna quiere que haya comparecido mi padre Ulises. Volveré, os juro que volveré.

Al oír estas palabras, toda la tristeza que empeñaba el rostro de la joven se desvaneció y exclamó con tanta emoción como alegría.

—Yo también os amo, Telémaco, y pido a los dioses que sea muy feliz tu viaje a Itaca y que halles a Ulises para estrecharle entre tus brazos. Ve, Telémaco, ve a Itaca. Te esperaré

pacientemente. Que mi amor te acompañe y te ilumine.

Así habló Antíope, y Telémaco la escuchó sin acertar a interrumpirla con una sola palabra, tal era su gozo.

X

LA ULTIMA AVENTURA

TELÉMACO y Mentor dirigiéndose a la costa. Allí les esperaba el bajel que había de conducirlos a Itaca. Oíase confusa gritería de marineros que izaban las velas y se ocupaban en las demás operaciones que se realizan en toda nave cuando se prepara para partir.

Despídense Telémaco y Mentor de Idomeneo. Los tres lloran. Desearían no separarse jamás. Pero, al mismo tiempo, otro sentimiento más poderoso aún, atrae a Telémaco a otras playas, a otras tierras, a aquel país en que espera y desea hallar a su padre.

—La nave, Mentor, sólo aguarda para partir a que nosotros embarquemos—dice el joven con tono empañado por la emoción.

—Hagámoslo al punto, pues.

Y, sin vacilar, ambos suben al bajel y el bajel parte. En la orilla queda Idomeneo, triste y solitario. Y, como el viento sopla favorablemente, la nave surca a toda vela las azules aguas y se pierde pronto en la inmensa curva del horizonte.

Ya sólo se ve agua y más agua desde el bajel en que viajan Mentor y Telémaco. Sólo el fuerte aroma marino se percibe. Sólo el rumor de las olas se oye... Agua y más agua... Mar, todo mar...

Telémaco, en la proa, siente que la nave no marcha al unísono con su corazón. La nave avanza, pero su corazón vuela. ¿Volverá a ver a su padre? ¿Querrá el cielo premiarle con esta dicha inmensa?

—Decidme, Mentor. ¿Vivirá mi padre? Vos que tanto sabéis, ¿podéis decirme si vive mi padre o ha muerto?

—Sólo los dioses lo saben—replica Mentor.

Telémaco le hace nuevas preguntas, pero su anciano amigo, encerrándose en un obstinado silencio, se aleja del atribulado joven, a quien el ansia devora.

Bastantes horas, muchas horas llevan navegando, cuando Telémaco descubre en medio del mar una pequeña isla y junto a ella un bajel.

Llama a Mentor y le dice:

—¿Es aquello una isla o un peñasco surgido en medio del mar? Nada tan árido e inculto vi en la vida. Las plantas que nacen en su suelo son amarillas, enjutas y espinosas. Sus rocas son negras como pizarra. En lo más alto se ve un bosque aterradoramente tenebroso. ¿Puede ser eso una isla, Mentor?

—Sí, lo es. Junto a su costa hay anclado un bajel.

—¿Qué hará esa nave en este lugar adonde solo el azar puede llevar una vida humana?

—Mira el mar, alza la vista hacia las velas de nuestra nave y lo comprenderás.

Obedece Telémaco y al punto advierte que el viento ha cesado, que las velas penden flácidas de los mástiles, que el bajel se desliza pesada y trabajosamente sobre las aguas inmóviles.

—También nosotros nos veremos precisados a detenernos.

En efecto, el piloto guía la nave hacia la costa de la isla y arriba a ella. Manda echar el ancla y es el primero en saltar a tierra.

Mentor y Telémaco le siguen. El bajel que les precediera en su arribo al islote, hállase a cierta distancia del punto que ellos han elegido para anclar.

—¿Habrá algún sér vivo en esta isla, aparte esos marinos que, como nosotros, esperan a que el viento sople para reanudar su viaje? —pregunta el joven contemplando el yermo y escarpado suelo de la isla.

Y, como Mentor no le responde, vuelve a hablar.

—Recorramos el islote para salir de dudas.

Avanza con Mentor por la abrupta pendiente que conduce al negro bosque y, cuando llega a éste, detiénese sorprendido.

Cerca de él, sentado en una piedra y recostado contra el tronco de un árbol, hay un viejo. Las profundas arrugas de su frente, demuestran que ha pensado mucho durante su larga vida. Está triste y dobla la cabeza sobre el pecho cual si un gran peso gravitara en su frente.

El aspecto venerable, la condolida actitud del anciano conmueven a Telémaco profundamente.

—Decidme, navegante—inquiere el joven interrumpiendo sus meditaciones— : vos o alguno de vuestros compañeros ¿habéis visto a Ulises, rey de Itaca?

El viejo levanta la cabeza y responde con visible esfuerzo :

—Yo no pertenezco a la tripulación del bajel. Voy en él como viajero. La nave procede de la isla de Feacia, donde yo embarqué. En cuanto a Ulises, sí, le he visto, le he visto en el palacio del rey Alcinoo. Pero ahora ya no se halla allí ; ahora se dirige a su país, a Itaca, donde anhela que los dioses le permitan refugiarse para pasar en paz los últimos años de su vida.

Grande es la emoción que experimenta Telémaco al oír estas palabras. Enloquecido, conmovido profundamente por la magnitud de la noticia, abalánzase sobre el anciano para hacerle nuevas preguntas. Pero el viejo, con una agilidad de que Telémaco no le sospecha-

ba poseedor, consigue esquivarle y desaparece rápidamente en el tenebroso bosque.

La emoción del joven conviértese súbitamente en desconcierto.

—Este desconocido—dice a Mentor—ha respondido a mis preguntas distraídamente. Semejaba estar absorto en profundas preocupaciones... No sé, no sé, Mentor, qué habré visto en este anciano. No comprendo por qué me conmovió apenas mis ojos se posaron en él. Ignoro por qué ha huído tan precipitadamente, y me pregunto por qué al hablarme ocultaba su rostro como si mis miradas le hirieran. Me ha recibido mal, apenas me ha prestado atención, y, sin embargo, anhelo que sus desdichas concluyan pronto.

Dichas estas palabras, acércase Telémaco a los feacios que tripulan el bajel en que el anciano viaja y pregunta al más anciano:

—¿Quién es ese viejo que va con vosotros?

—No le conocemos. Sólo sabemos que se llama Cleómenes, natural de Frigia, y que, antes de nacer, un oráculo le presagió que había de ser rey, pero jamás en su patria. Si permanecía en ella, los frigios sufrirían una

epidemia cruel y destructora. Apenas nació, sus padres le enviaron a la isla de Lesbos, donde cuidaron de que se le criara en el mayor secreto, manteniéndole así alejado de su patria para que no cayera sobre ella la espantosa desdicha de una peste. Conforme fué creciendo, la sabiduría, el valor y todas las virtudes que puede codiciar un hombre, fueron avalorando su alma. El niño se convirtió en persona mayor y, conociendo la predicción del oráculo, comenzó a viajar de un país a otro, en busca del pueblo en que había de ejercer su soberanía. Los reyes de los pueblos que va visitando, conocedores de sus designios, procuran alejarle, por temor a que les arrebate la corona. Así vaga hace muchos años, sin hallar lugar donde permanecer. Su sabiduría y su destreza le hacen desgraciado, pues ellas son la causa de que los reyes, temerosos de sucumbir a sus excepcionales méritos, le arrojen de sus reinados, convirtiendo su vida en un doloroso e interminable éxodo.

En tanto así hablaba el viejo marino, Telémaco, sin dejar de oírle, no perdía de vista al misterioso anciano, el cual había aparecido

sobre una alta roca, apenas viera izar las velas de su bajel.

Y cuando la nave va a partir entre la ensordecedora gritería de los marineros que anhelan continuar su viaje, ve el joven cómo el anciano salta de la roca y, con la rapidez del rayo, cruza toda la isla, saltando al bajel en el preciso instante en que éste comienza a alejarse.

Cuando la nave se pierde de vista, advierte Telémaco que su aflicción ha aumentado hasta empañarle de lágrimas los ojos. ¿Por qué le produce tanta pena el tener que separarse del anciano con quien ha hablado en la linde del tenebroso bosque? ¿Por qué una fuerza misteriosa le atrae hacia el bajel desaparecido en lontananza?

De pronto, incapaz de seguir oponiendo resistencia al inexplicable impulso, corre hacia la nave en que con Mentor saliera de Salento y trata de comunicar su actividad a la tripulación. Pero un nuevo hecho le desconcierta. Los tripulantes están dormidos, y tan profundamente, que en vano trata de despertarles. Es como si un narcótico potentísimo hubiera anulado totalmente sus energías. Tan inmóvi-

les están que, de no desmentirlo su acompasada respiración, se les daría por muertos.

Telémaco se desespera y grita. ¿Qué maldición ha caído sobre él? ¿Por qué cuando el corazón le arrastra con ímpetu irrefrenable hacia la nave desaparecida la fatalidad le retiene en el abrupto islote?

Al fin su desesperación truécase en llanto y de nuevo comienzan a correr sus lágrimas.

Mentor se acerca a él y, conduciéndolo al bosquecillo donde antes hablaran con el anciano, le dice:

—No me maravilla el verte sufrir. Si para ti es desconocida la causa de tu dolor, para mí no lo es. Oyeme, Telémaco: voy a hacerte una gran revelación. Ese anciano, ese desconocido cuya presencia te ha causado tan profunda emoción, es tu padre. No se llama Cleómenes, como el viejo del bajel te ha dicho sino Ulises. Todo ha sido una ficción encaminada a asegurar el regreso de Ulises a su reino. Se dirige a Itaca. Ya está cerca del reino y vuelve a ver aquellos lugares hacia los cuales tanta nostalgia sentía. Le has visto, pero sin conocerlo. En breve volverás a verle y le

conocerás. No ha estado su corazón menos agitado que el tuyo. Pero su prudencia le ha impulsado a callar. Pronunciando su nombre lejos de su patria, habríase expuesto a las iras de sus enemigos. ¡Cuán agitado se hallaba cuando hablaba contigo! ¡Cuánto hubo de esforzarse para no descubrirse! ¡Cuánto ha sufrido al verte!

Mientras Mentor habla, llora Telémaco. Y tan continuo y profundo es su llanto, que no puede responder en seguida. Al fin, exclama:

—¡Oh, Mentor! ¿Por qué no me dijisteis, antes de que partiera, que ese anciano era mi padre? ¿Por qué le habéis dejado partir sin hablarle y sin manifestar que le conocíais? ¿Qué misterio es este? ¿Durará mi desgracia tanto como mi vida? ¡Oh, padre mío! ¿Os habré perdido para siempre? ¡Cuán desdichado soy!

—Así es la vida—dice Mentor sonriendo—; así sois los hombres... Hoy te aflige el no haber conocido a tu padre, viéndole, y ayer habrías dado media vida tan sólo por tener la seguridad de que existía. De modo que lo que ayer te habría colmado de gozo, hoy te causa pesadumbre. Así desdeña el corazón

humano lo que más deseaba cuando lo posee, y así se atormenta por lo que no ha poseído todavía. Los dioses obran de este modo para ejercitarte en los sufrimientos. El que no sabe esperar y padecer puede compararse al que no sabe guardar un secreto: ambos carecen de firmeza para reprimirse, como el que corre en un caballo sin fuerza bastante para contener su brío. Para enseñarte a sufrir, ejecutan los dioses tu prudencia y se gozan al parecer en la vida errante e incierta en que siempre te tienen. Si te presentan los bienes que deseas para después arrebatártelos, es con objeto de enseñarte que aquello que el hombre cree poseer está muy lejos de ser suyo. Las más sabias lecciones de Ulises no serían tan útiles para ti como su larga ausencia y las penas que padeces por buscarle.

Mentor quiere poner de nuevo a prueba los sufrimientos del joven, y cuando éste corre hacia los marineros para que apresuren la partida, le detiene instándole a que ofrezca a Minerva un sacrificio.

Telémaco acepta dócilmente y, ante dos

altares improvisados con céspedes, dirige al cielo fervorosas súplicas.

Acabada la ceremonia, sigue el joven a Mentor por las sendas sombrías del bosque. Cuando el maestro y amigo se detiene, observa Telémaco que sus facciones han experimentado notable transformación. De su rostro han desaparecido las arrugas. Un brillo celestial reemplaza en sus ojos al tenue colorido. Su luenga y blanca barba se desvanece como el humo en el espacio.

Telémaco contempla estupefacto a Mentor. Cien veces ha experimentado profunda sorpresa ante la sobrehumana sabiduría y el sobrehumano poder de que su anciano amigo ha dado muestras, pero nunca como ahora tiene la convicción de que Mentor no es un sér de este mundo.

Su rostro es ahora el de una bellísima mujer, lleno de majestad y lozanía. También sus obscuros vestidos han experimentado un gran cambio. Ahora viste doradas y flotantes galas. Empuña refulgente lanza que inspiraría temor al más intrépido caudillo y se ve en su casco el ave de Atenas.

Telémaco ha retrocedido tan asombrado como temeroso. Estas señales le demuestran que es Minerva, la diosa de la sabiduría la que tiene ante sus ojos. Ahora se explica el poder sobrehumano de Mentor. Mentor no era otro que Minerva disfrazada; Minerva, que, para acompañarle, tomó la forma de un prudente preceptor.

Todo lo comprende, todo lo ve con claridad ahora.

—¡Oh, diosa! — exclama—. ¿Sois vos? Adivino que es el amor hacia mi padre, lo que os ha guiado a hacerme este servicio.

Quiere seguir hablando, pero le falta la voz. La presencia de la diosa le sobrecoge.

—¡Hijo de Ulises!—exclama la diosa—. Oyeme por última vez. A ningún mortal he instruído con tanta solicitud como a ti. De la mano te he llevado a través de naufragios, de guerras sangrientas, tierras desconocidas y cuantos males pueden poner a prueba el corazón del hombre. A imitación de tu padre, tus tristes aventuras han llenado la tierra y los mares. Ya eres digno de seguir sus huellas. Ve tras él. Para alcanzarle, sólo has de

recorrer la distancia que te separa de Itaca, adonde él arriba en este momento. Lucha a su lado y obedécele como el último de los vasallos, para dar a éstos ejemplo. Antíope será tu esposa y vivirás feliz con ella por haber buscado menos la belleza que la virtud y la sabiduría. No te he enseñado a ser rey, pero lo serás. Cuando ocupes el trono, cifra toda tu gloria en renovar el siglo de oro. Escúchales a todos y cree a muy pocos. Ama al pueblo y nada omitas para hacerte amar. No olvides que el verdadero valor consiste en prever los peligros y evitarlos, arrostrándolos únicamente cuando son inevitables. Huye de la molicie y del fausto, cifrando toda tu gloria y tus anhelos en la sencillez. La virtud y las buenas acciones sean el ornato de tu persona y de tu palacio. Que aprendan todos de ti en qué consiste el verdadero honor. Los reyes no reinan para su propia gloria, sino para el bien de los pueblos. Los beneficios que hacen, trascienden hasta los siglos más remotos, y los males que causan, pasan multiplicándose, de generación en generación. Sobre todo, vigila siempre a tu genio, enemigo que

te acompañará hasta el sepulcro y el cual te engañará fácilmente si das crédito a sus sugestiones. Teme a los dioses. Este temor es el mayor tesoro del corazón humano, puesto que va acompañado de la sabiduría, de la justicia, de la paz, de los placeres puros, de la verdadera libertad y de la gratísima abundancia. Y ahora, hijo de Ulises, te dejo. Ya es tiempo de que aprendas a marchar solo.

Terminado este discurso, la diosa va remontándose en el aire. De ella comienza a surgir una nube de oro y azul que la envuelve hasta ocultarla casi por completo. Telémaco, emocionado y lloroso, se prosterna y eleva las manos al cielo. En esta actitud permanece hasta que la diosa, y con ella la nube dorada y azul, desaparecen.

Levántase el joven, se pasa la mano por la frente y por los ojos y dirígese a la orilla, donde ya los tripulantes del bajel de Salento, le esperan dispuestos a partir.

El sueño ha huído de sus párpados y la laxitud de sus miembros. Ahora son animosos marinos que anhelan hacerse a la mar.

Se izan las velas, sopla el viento favorable, y el bajel se lanza mar adentro.

Ahora ya no duda Telémaco de que hallará a su padre en Itaca. La diosa Minerva se lo ha asegurado de modo que le ha infundido la más absoluta certeza. Hallará a su padre, hallará a su madre y volverá a Salento para casarse con Antíope.

Este último pensamiento acaba de trastornar su corazón, ya conmovido por la idea de volver a reunirse con sus padres.

En la popa, los ojos dilatados por la impaciencia y la mirada en el horizonte, va Telémaco en su bajel hacia Itaca. La nave, impulsada por fuerte viento surca ligera las azules aguas. Dijérase que en vez de deslizarse por el mar, vuela a ras de él como rauda gaviota.

Todo sonríe en torno a Telémaco. Las blancas velas semejantes a desplegadas alas de paloma. Las aguas transparentes y estremecidas, el sol que juguetea en la inquieta superficie de mar, la espuma que produce la quilla y forma después una alba estela que queda tras la popa.

Los marinos entonan dulces canciones. Aves ligeras acompañan al bajel en su alegre marcha.

De súbito, un punto obscuro surge en el horizonte.

—¡ Tierra !—exclama Telémaco.

En efecto, es tierra lo que se ve en lontananza. La tierra querida. La amada tierra de su Itaca.

Con velocidad que al joven parécele lentitud, llega la nave a la anhelada orilla. Salta a tierra Telémaco, pero no se despide de los marineros, sino que les dice :

—¡ Esperad !

Y corre hacia la casa paterna.

No es una sencilla casa. Es un palacio donde el costoso mármol habla de lujo y de magnificencia.

Entra el joven. Cruza con pie seguro una y otra estancia entre los murmullos de la guardia que va ponunciando su nombre a su paso. Sabe dónde hallará a su padre. Tiene tal convicción, que dijérase inspirado por los dioses. Va con los brazos abiertos.

Llega a un suntuoso salón y en su umbral

se detiene. En el fondo hay dos personas. Son sus padres.

Un grito surgido del fondo del alma, un grito que tiembla un instante en la estancia y lleva toda la emoción de un canto filial, brota de los labios del joven y atrae las miradas de los dos seres que están abrazados en el fondo del salón.

—¡Padres! ¡Padres! ¡Al fin!

Y el gran Ulises y su hijo Telémaco se abrazan estrechamente.

Y en su abrazo, sin hablar, ¡cuántas cosas se dicen!

* * *

Transcurridas las primeras horas de emoción y felicidad, después de la comida en que se mezclaron la frugalidad y la exquisitez, Telémaco de sobremesa contó a sus padres:

—De todas mis aventuras, ninguna ha dejado tan profunda huella en mi corazón como

la de la fundación de Salento. Minerva ha creado aquella hermosa ciudad, ejemplo de ciudades, cuyos lujos son todo virtud, generosidad y justicia. La paz y el bien emanan de todas partes, se respira abundante como el aire.

Pero no es esto lo que más subyuga mi corazón y lo atrae al joven país. Lo que de él más me cautiva, es Antíope, su bella princesa. Su padre, Idomeneo, aleccionado por la sabia Minerva en el arte de reinar, es un sér tan noble y magnánimo, que conocerle significa amarle. En cuanto a Antíope, imaginaos todas las virtudes y todos los atractivos encarnados en una persona. Es bella como el sol, honesta, inteligente, humilde, generosa. Minerva ha preconizado mi boda con ella, asegurándome también que seré rey de Salento. La amo, padres míos. Y ella me corresponde. Si ahora mi felicidad no tiene límites al haber vuelto a hallaros, aun seré mucho más dichoso cuando me una a la dulcísima Antíope. Padres, queridos padres, deseo volver a Salento, no ahora, sino cuando vuestro trono esté asegurado. Lucharé a tu

lado, padre mío, gran Ulises, hasta que no quede a tu alrededor un solo enemigo tuyo. Toda la ciencia política y guerrera que Minerva me ha inculcado, la pondré a tu servicio. Y cuando el éxito haya coronado nuestra empresa, cuando la corona se ciña a tu frente con firmeza y el calor de la más completa fidelidad te rodee, volveré a Salento, si me lo permitís, para unirme de por vida a Antíope.

Con lágrimas en los ojos fué concedida a Telémaco la gracia de volver al pueblo creado por Minerva.

—Irás, hijo mío—repuso Ulises—, irás a unirte con la elegida de tu corazón. Y te auguro la más completa felicidad, pues no dudo que la mujer de tu elección será tan digna de nosotros como tú mismo.

Y pasaron los días. Ulises, con la ayuda de Telémaco, ayuda tan eficaz que su propio padre quedó maravillado, consiguió extirpar de Itaca toda la mala hierba, dejando sólo los brotes que no habían sufrido la contaminación del mal.

Ulises fué un rey estimado y amado por

todos. Después de angustioso e interminable éxodo halló la paz que su cuerpo y su espíritu necesitaban y anhelaban.

Y un buen día, un risueño amanecer en que el sol doraba la movible superficie del mar, las cumbres de los montes y las cimas de los árboles, Telémaco se dirigió a la costa y ordenó a los marinos de Salento prepararan el bajel para partir.

Grande fué la alegría de los marineros al recibir la nueva. Ardían en deseos de volver a su pequeña patria, donde sus esposas y sus hijos les aguardarían con impaciencia por su larga tardanza.

Telémaco volvió para despedirse de sus padres, y cuando de nuevo se dirigió a la costa, vió el bajel preparado para hacerse a la mar.

Hinchábanse las izadas velas a impulsos de la fresca y fuerte brisa. Mecíase la nave azotada por blandas olas. El experto piloto esperaba junto al timón la llegada de Telémaco. Y cada tripulante se ocupaba en una tarea distinta. Todos avizoraban con ansia el camino por donde había de llegar Teléma-

co, todos esperaban anhelantes el momento de partir.

De aquí que cuando el joven apareciera en el bajel, un suspiro de satisfacción hinchara todos los pechos, cual las blancas velas se dejaban combar por la brisa.

Al punto partieron. Levada el ancla, el bajel cabeceó, se ladeó hacia la parte que le empujaba el viento y comenzó a avanzar, primero suavemente, con brío, gracia y ligereza después.

Si raudo fué el viaje hacia Itaca, más lo era el regreso al floreciente país de Salento. Ahora el bajel, como guiado por una mano firme y todopoderosa no era el ave que se desliza suavemente, sino la flecha que surca y perfora. Antes murmuraba dulcemente el agua al ser partida por la quilla ; ahora rugía al ser herida por el terrible filo. Antes, la espuma jugueteaba en la líquida superficie ; ahora se amontonaba, saltaba y revolvía a ras del casco de la nave.

Las viejas ropas de los marineros, flameaban dejando al descubierto la piel curtida de los brazos y de la garganta. No había esco-

llo ni obstáculo que aquel grupo de hombres no se sintiera capaz de vencer fácilmente. Nada lograría detener el rápido avance del bajel. Todos los pechos experimentaban esta confianza y esta certidumbre. Llegarían a Salento pronto, y sanos y salvos.

¿Por qué? No lo sabían. Pero ninguno lo dudaba.

De súbito surgió en la distancia un punto negro.

¿Tierra?

Todos los marinos, extrañados, hiciéronse esta pregunta. No podían ser aún las costas de Salento. ¿Algún islote desierto como aquel otro en que hubieran de detenerse cuando se dirigían a Itaca?

Se acercó el piloto a la proa para ver mejor y estuvo examinando un instante el misterioso punto negro.

—No es un islote. No lo es.

¿Por qué hacía aquella negación con tanta firmeza y seguridad?

Telémaco y todos los marineros que le rodeaban, redoblaron su atención en el examen el enigmático punto. Ibase éste acercando y,

agrandando, iba precisándose su forma sobre el azul de las aguas. De súbito, dijo uno de los tripulantes:

—¡El punto se mueve!

En efecto, el punto se movía. Así lo comprobaron Telémaco, el piloto y todos los demás. ¿Qué explicación podía darse al misterio? Pronto quedó despejada la incógnita sin que para ello hubieran de hacer el menor esfuerzo los salentinos. La forma que columbraban en medio del mar, era un monstruo gigantesco, un animal mayor que la ballena más grande.

Y el monstruo se acercaba. Por la boca ferozmente abierta y tan descomunal que toda la tripulación salentina hubiera cabido en ella fácilmente, arrojaba espumarajos de hambre y rabia. Cada una de sus aletas era tan grande como el bajel y sus dientes semejaban colmillos de paquidermo.

El titán de los mares dirigíase rectamente hacia el bajel. Y, sin embargo, de ninguna boca brotó una exclamación de temor ni de descorazonamiento. La seguridad, la confianza que animaba todos los espíritus era inven-

cible. Sin esforzarse por poseerla, una energía creciente fuése apoderando de los miembros y del corazón de los tripulantes. No se dijo:

—¡Estamos perdidos!

Sino que se exclamó:

—¡Vamos a salvarnos!

Conforme el monstruo se acercaba, sus proporciones iban creciendo a los ojos de la gente del bajel. De un coletazo echaría la nave a pique. El casco el bajel no opondría la suficiente resistencia a sus tremendos dientes. Y se acercaba, se acercaba.

¿Fueron por sus armas los salentinos? ¿Se arrojó Telémaco sobre él dando una nueva muestra de su intrepidez y su pericia en la lucha? Nada de esto sucedió. Telémaco, el piloto y los marineros permanecieron en la proa con los brazos cruzados.

El monstruo se detuvo, dió media vuelta, esperó a que el bajel estuviera al alcance de su cola y comenzó a golpear furiosamente el casco. Y la nave ni siquiera vaciló. Dió otra media vuelta el monstruo, abrió la terrible boca, hizo presa en la quilla y contra ella se

rompieron sus dientes sin dejar en la madera huella.

El pez gigante se debatió desesperadamente. El dolor y la ira le agitaron agitando al mismo tiempo el mar.

Y entonces sucedió el milagro.

Una brillante y afilada lanza, rauda como un dardo, cayó de la altura y se clavó y se volvió a clavar en la cabeza del monstruo. Después volvió a remontarse en el espacio y el titán marino quedó exánime sobre las aguas.

Telémaco había reconocido aquella lanza. Era la lanza de Minerva. Ahora se explicó de donde nacía aquella convicción en el éxito del viaje, aquella confianza. Era que Minerva les acompañaba y les preservaba de todos los peligros.

Por eso la nave llegó a su término feliz y raudamente.

* * *

En la costa Salentina, Antíope aguardaba a Telémaco.

También por un milagro de los dioses sabía el día y la hora en que había de llegar.

Y, con Antíope, estaba Idomeneo.

Ni aquel día ni el siguiente hubo en Salento un instante de descanso. Las bodas de la princesa requerían grandes preparativos.

Se concedió libertad absoluta a los ciudadanos para que obraran y se divirtieran a su antojo.

Sin embargo no dejó de reinar un momento el orden y la moralidad más absolutas.

La ceremonia del casamiento fué brillantísima. Una lluvia de flores acompañó a la carroza de los novios y ni un solo súbdito dejó de obsequiar al matrimonio, algunos muy pobremente, pero todos con la misma buena voluntad.

Idomeneo cedió a Telémaco su corona, y el pueblo en masa tuvo una cariñosa despedida para el buen rey que se iba y una acogida entusiasta para el que desde entonces iba a ocupar el trono.

Esta simpatía que en un principio demostraron a Telémaco los salentinos fué crecien-

do conforme fueron recibiendo pruebas de su generosidad y suficiencia.

Si algún pueblo hubo dichosísimo en el mundo, ese pueblo fué Salento.

En cuanto a los reyes fueron un modelo de soberanía y felicidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS